
LOS MARES VIVIENTES DE VENUS
por KAREL STERLING.
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

KAREL STERLING

LOS MARES VIVIENTES DE VENUS

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

Ted Drummond. —Joven teniente de la Policía del Espacio.

Jake Atartuk. —Radio de la astronave «Kandevan».

Charles Javin. —Piloto de la misma.

Jetheroe Benchley. —Reputado biólogo, miembro de la quinta expedición al planeta Venus.

Sophie Kasvin. —Hija del célebre sabio Karl Kasvin fallecido misteriosamente en Venus.

Hassan Belhul. —Enigmático mulato admirador de Sophie.

Jane Morgan. —Amiga de Hassan Belhul.

PRINTED IN SPAIN

TIP. ARTÍSTICA



CAPÍTULO I

LA MUERTE VINO DE VENUS

Aquella noche, Ted Drummond no se encontraba a gusto. Sentía vibrar sus nervios a flor de piel. Un algo desconocido le desasosegaba. Maquinalmente pasó revista mental a cuanto le había sucedido últimamente, tratando de hallar el motivo de su anormal estado de ánimo. Sus recuerdos se detuvieron en Sophie Kasvin, la hermosa muchacha que, insensible a sus galanteos, le había hecho pensar por vez primera en los lazos del matrimonio. ¿Sería ella la causa de su malhumor? Drummond desechó la idea con cierta altivez interior. Sophie Kasvin no tenía la culpa. De eso estaba seguro.

Durante media hora deambuló por las estrechas callejuelas del muelle de Gálata. Le agradaba particularmente respirar la salobre brisa marina y contemplar el agitado ir y venir de aquellas gentes modestas, de multicolores atavíos y antiguas costumbres. Estambul era quizá el único país del mundo en que el tiempo parecía no discurrir. Y esto, en el año 2056 tenía un encanto sumamente atractivo. Sobre todo para Ted Drummond, eficiente miembro de la

Policía del Espacio.

A la sazón, Drummond disfrutaba de unas cortas vacaciones. Su deseo habría sido ir a ver las antiguas ruinas de Nueva York. Tenía referencias magníficas del lugar. Era aquél uno de los mayores centros de turismo del globo terráqueo. A la gente le gustaba recrearse en la contemplación de lo que vulgarmente se denominaba El Punto Final de las Guerras. No le faltaba razón a este nombre. Con la total destrucción de Nueva York, hecho acaecido en el año 1978, se habían extinguido las guerras y, lo que era mejor, las posibilidades de nuevas conflagraciones. El género humano comprendió, cierto que tardíamente, las terribles consecuencias de los cataclismos nucleares. El Tratado Mundial aseguró la Paz Eterna y hasta ahora las predicciones se cumplieron.

Pero contra sus deseos, Ted tuvo que resignarse a pasar otras vacaciones al lado de su padre. Alexandre Drummond, experto en geología, se hallaba entonces en exceso atareado trabajando en la investigación de extrañas cristalizaciones minerales encontradas en Ceres. Los doctores le habían recomendado repetidas veces un prudencial descanso que le permitiera recobrar sus mermadas fuerzas. Pero, desoyendo los consejos de todos, Alexandre Drummond intensificaba más y más su labor en pro de la ciencia. Su hijo Ted, que naturalmente le conocía mejor que nadie, pensó con acierto que sólo estando a su lado y ayudándole se aliviaría cuanto menos su tensión nerviosa.

Sus pensamientos recayeron nuevamente en Sophie Kasvin. Involuntariamente consultó su reloj de pulsera. Eran las once y media de la noche. Dos horas antes, la joven se excusó ante una invitación suya para llevarla a bailar al «Sumer Palace». Dijo que tenía jaqueca y que se acostaría nada más cenar. A fin de consolarse, Ted admitió interiormente que tal circunstancia podía ser cierta.

Un taxi le llevó al otro extremo de la ciudad. Al apearse y contemplar la bulliciosa animación de la calle, su desasosiego anterior pareció disiparse un tanto. Hasta él llegó amortiguadamente el alegre ritmo de la orquesta del «Sumer Palace». Esta «boite» era la única de

Estambul que conservaba el sentido tradicionalista de la música. Los intérpretes eran músicos verdaderos, no «robots» como ocurría en los demás establecimientos de recreo.

Ted ocupó una mesa alejada de la pista. Ésta se hallaba ocupada por seis o siete parejas de bailarines. El ambiente era grato y acogedor. Las paredes y suelos estaban tapizados con ricas y suntuosas telas orientales, la iluminación, tenue y de matices violáceos, parecía provenir de todas partes y de ninguna en particular. En conjunto, el salón de baile del «Sumer Palace» reunía los alicientes necesarios para la enamorada intimidad de los jóvenes concurrentes habituales.

Ted reparó en dos jóvenes muchachas sentadas en una mesa próxima a la suya. La corrección de sus rasgos orientales y la simpatía que de ellas emanaba captaron su atención. Por el modo que le miraron supo que aquella noche bailaría. ¿Por qué no un poco de distracción? Al fin y al cabo, Sophie Kasvin no era la única mujer del mundo.

En el instante mismo de ir a levantarse para dirigirse a la otra mesa, una deliciosa voz sonó a sus espaldas. No tuvo necesidad de volverse para saber de quién se trataba. El desacompasado latir de su corazón se lo dijo con suficiente elocuencia.

—¡Querido, Ted! ¡Puedes decir todas las cosas horribles que estarás pensando de mí! Me las merezco sobradamente...

El joven miró a Sophie con simulada indiferencia y a continuación sus ojos se posaron en el apuesto individuo de tez cetrina y cabellos negrísimos que la acompañaba.

—Hola, Sophie —saludó—. ¿Te encuentras mejor de la jaqueca? Tienes bastante buen aspecto.

La hermosa muchacha enrojeció un instante. Después recuperó su natural compostura.

—Te presento a Hassan Belhul, un chico simpático como podrás apreciar. Éste es Ted Drummond, otro buen amigo mío. Recordarás,

Hassan, que te he hablado de él algunas ocasiones.

El acompañante de Sophie mostró al sonreír una dentadura blanquísima que contrastaba poderosamente con sus oscuras facciones. Era evidente que aquel sujeto tenía en sus venas una buena porción de sangre árabe.

—Es cierto —concedió en correcto inglés—. Sophie le tiene en gran estima. Hay veces en que le llego a envidiar por esta causa.

Ted le miró impávido.

—Sophie me estima cuando no está afectada por la jaqueca —repuso fríamente.

—¡No dramatices, Ted! —suplicó la joven humorísticamente— Tu peor defecto es que tomas las cosas demasiado en serio. Te prometo que bailaré contigo cuantas veces desees. Hassan no se enfadará, ¿verdad?

—Naturalmente que no —contestó el mulato volviendo a sonreír —. Podemos pasar la velada juntos.

Una expresión irónica se pintó en el varonil semblante de Ted Drummond.

—Lo siento, Sophie —dijo—. Precisamente me disponía a marchar ahora mismo. Tengo una cita importante, ¿sabes?

Sophie se mordió los labios contrariada por el desdén que irradiaba de las palabras de Ted.

—Eres rencoroso, Ted —declaró—. Rencoroso y tozudo como una mula.

—No están bien esas palabras para tus lindos labios —interpuso Ted sonriente—. Espero que algún día aprenderás a expresarte con más finura. Usted, Hassan, puede probar a reformarla. ¡Buenas noches!

Hassan inclinó su cabeza en reverencioso saludo, mostrando nuevamente aquella sonrisa que dejaba al descubierto su perfecta dentadura.

En su retirada, Ted Drummond aún alcanzó a escuchar un «está celoso el pobre» que pronunciado por Sophie se clavó en su corazón como un hierro al rojo vivo.

Salió del establecimiento y se dirigió rectamente a su apartamento. Estaba furioso consigo mismo y todavía más con Sophie Kasvin. Nunca hasta entonces había sido objeto de un desaire semejante. No era ya su defraudación con respecto a los sentimientos de la joven, sino el desprecio a su amor propio lo que más le exasperaba. ¡Jaqueca...! ¿Por qué no le dijo la verdad Sophie? ¿Creería, por ventura, que se iba a morir del disgusto? Ted sonrió entre dientes ante este pensamiento. Ya le demostraría a aquella coqueta que le tenían sin cuidado sus flirteos.

Pero había algo de lo que no se podía desentender: Hassan Belhul. Éste constituía la peor compañía que Sophie pudiera elegir. De todos era sabido que Hassan vivía aparentemente dentro de los límites de la Ley, pero nadie ignoraba igualmente que sus ingresos monetarios no correspondían a la clase de negocios que aparentaba encauzar. Cuantos intentos efectuó la policía por probar que Hassan Belhul se dedicaba al contrabando de drogas en gran escala resultaron infructuosos. Existían indicios, la gente lo aseguraba, su tren de vida lo evidenciaba, pero de ahí no se pasaba. O el sujeto en cuestión era víctima de falsos prejuicios o tenía un talento excepcional, merced al cual se burlaba impunemente de la justicia.

Esto hizo que Ted rectificara en parte su propósito inicial. Dejaría a un lado los galanteos pero plantearía el asunto con toda crudeza a Karl Kasvin, el padre de la muchacha. ¡Ya lo creo que lo haría! Sin ambages de ninguna clase. Y Karl Kasvin se lo agradecería.

Cuando llegó a casa, su padre se hallaba trabajando aún. Inmediatamente advirtió que algo anormal sucedía.

—He recibido noticias del Departamento Astronáutico de El Cairo —dijo el profesor Drummond a guisa de saludo. Sus arrugadas facciones componían una expresión de inusitada gravedad—. Karl Kasvin ha muerto y con él todos los miembros de su expedición.

Ted sintió que le flaqueaban las piernas. Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—¡No es posible! —exclamó con un hilo de voz— ¡Karl muerto...! ¿Cómo sucedió?

El anciano se encogió de hombros.

—Los informes no son muy explícitos —replicó—. Parece ser que cuando se disponía a regresar de Venus sufrió un extraño accidente. Antes de morir emitió un mensaje en el que decía algo de unos mares vivientes. La radiación se interrumpió cerca de una hora. Luego habló Alan Dreyfus, el radio operador de la astronave. Pero, por lo visto, su excitación convirtió el relato en una sarta ininteligible de frases, de las que sólo se pudo deducir que Karl Kasvin había muerto y que otro tanto había sucedido con los cinco miembros de la tripulación.

Ted tragó saliva dificultosamente.

—¿Y Alan? —inquirió.

El geólogo apartó con sumo cuidado unas cuantas muestras de minerales y se quitó las gafas de contacto. Su mirada apareció ahora cansada y sin vitalidad.

—Nada se ha vuelto a saber —contestó—. Aquí hay un mensaje para ti. Creo que tus vacaciones se han terminado.

El joven tomó con mano temblorosa la cápsula plástica que contenía el mensaje. Antes de abrirla preguntó:

—¿Lo sabe Sophie? —Era una pregunta vana pues hacía unos minutos la había visto rebosante de jovialidad y optimismo.

Alexander Drummond negó con la cabeza.

—Me han encomendado la penosa tarea de decírselo. Así reza el informe. Saben perfectamente la amistad que me unía a Karl. Sin embargo, me parece que no tendré valor para hacerlo. ¿Quieres encargarte tú, hijo mío?

La voz del anciano estuvo a punto de quebrarse en un sollozo. Ted le miró apenado.

—No te preocupes —dijo—. Sé donde encontrarla. Volveré dentro de un rato.

—¿No abres el mensaje? —recordó el geólogo.

Ted esbozó una triste sonrisa.

—Ni acordarme... —Abrió la cápsula y extrajo un pequeño rollo de papel plástico. Al finalizar su lectura sus facciones habían palidecido considerablemente—. Misión de exploración a Venus. Parto dentro de cuarenta y ocho horas.

—Me lo figuraba —declaró el investigador—. Los dos informes los trajo el mismo mensajero. Irás a El Cairo, ¿no es cierto?

El joven asintió. De sus dedos se desprendió el papel plástico. El texto, cifrado en clave, había desaparecido tras su breve contacto con el aire.

—Voy a por Sophie —dijo—. Hazme caso ahora, padre; retírate a descansar. Llevas muchas horas trabajando.

Alexandre Drummond le sonrió afectuosamente.

—Te obedezco, Ted. Tú siempre tienes razón. Aunque bien mirado, creo que sería preferible que me quedara esperándote. Debes traerte a Sophie. Encontrará alivio entre nosotros dos. Prométeme que le insistirás que venga.

—Haré todo lo que esté de mi mano —aseguró Ted.

Un instante más tarde, el profesor Drummond se hallaba solo otra vez. Con febril pulso se volvió a colocar los lentes de contacto. Después se levantó para dirigirse a un estante próximo. Tomó de él un recipiente alargado de unos veinte centímetros de altura por diez de ancho y regresó a la mesa de trabajo.

Por unos momentos pareció titubear antes de romper los precintos que sujetaban la tapa del recipiente. Por fin otra idea predominó en su decisión.

Abriendo un cajón sacó la carta recibida tres días antes. Era de Karl Kasvin. La envió desde Venus por medio de un cohete teledirigido

junto con el metálico receptáculo que tenía ante sí. Enfrascado con sus investigaciones sobre los minerales de Ceres había cometido el imperdonable fallo de olvidar el análisis solicitado por Karl. Bien es verdad que no le concedió gran importancia. Y ahora, su conciencia le decía que quizá su amigo no habría muerto de haber obrado él con mayor diligencia.

La carta decía así:

«Querido Alexander:

Junto con mis saludos te envío una muestra obtenida de las aguas del Mar Negro. Tal vez te sorprenderá de que Hastings lo haya bautizado así. Pero ya sabes como es él; su nostalgia por las cosas de la Tierra hace que por allá donde va aplique las denominaciones más familiares. De este modo tenemos ya en Venus un río Mississippi, un lago Como y hasta las Cataratas del Niágara.

Pero volviendo a nuestro asunto te diré que deseo analices la adjunta muestra y a la mayor brevedad me informes del resultado. Por razones largas de explicar no nos hemos decidido a hacerlo nosotros. Bástate saber que poseemos indicios de que el agua del Mar Negro es sumamente misteriosa y peligrosa. Una advertencia: lleva a cabo el análisis con sumo cuidado y sin tocar la muestra. Ninguno de nosotros lo ha hecho, de forma que ya te puedes figurar las dificultades que hemos tenido que vencer para llenar el recipiente.

En la espera impaciente de tus noticias te abraza tu buen amigo

Karl Kasvin.

Alexander Drummond miró aprensivamente el frasco metálico recibido del planeta Venus. ¿Indicios de aguas peligrosas? ¿Mares vivientes? Aquello sonaba a tontería. Sin embargo, Karl había muerto.

El anciano geólogo alcanzó una serie de probetas y tubos de ensayo y los ordenó en disposición de ser utilizados.

Después rompió los precintos de la botella. Vaciló unos segundos antes de abrirla. Un presentimiento indefinido le invadió. Era como si

un peligro mortal flotara en el ambiente; una asechanza misteriosa proveniente de otro mundo.

«Simbad», el perro lobo del profesor, emitió un largo aullido que rasgó tétricamente el silencio de la noche.

Alexander se estremeció involuntariamente. Luego sonrió en un débil intento de comunicarse a sí mismo la confianza perdida. «Ted tiene razón», se dijo; «mis nervios necesitan una cura de reposo».

No lo pensó más. Con pulso firme desenroscó el tapón del recipiente y lo echó a un lado.

Un olor nauseabundo inundó la habitación. Las facciones del investigador se crisparon en una mueca de asco y horror. Pero la curiosidad pudo más que la repulsión. Oprimiendo un pañuelo contra su nariz acercó la vista a la ancha boca de la botella. Bajo la fuerte luz de la pantalla distinguió la negra superficie de un líquido viscoso e hirviente. Efectivamente, aquello parecía estar dotado de vida. ¿Cómo explicar, si no, su extraña movilidad y el apagado rumor que emitía?

Alexander Drummond encendió un cigarrillo aromático a fin de contrarrestar en parte aquel pestilente olor.

La llama del encendedor se desvió incomprensiblemente hacia la botella. El geólogo observó intrigado el fenómeno y trató de hallar la explicación. La sensación de peligro que atenazaba sus sentidos se acentuó hasta convertirse en inquietante obsesión.

Apagó el encendedor y lo introdujo en su bolsillo. A continuación tomó una probeta pequeña para comenzar el análisis.

En ese momento sucedió algo alucinante. El terror paralizó los miembros del profesor. La probeta se quebró en mil pedazos al escapársele de su mano y estrellarse contra el suelo.

De la botella metálica había empezado a surgir el negro y espeso contenido y ahora se deslizaba por sus bordes hacia el tablero de la mesa.

Con ojos fascinados, Alexander presenció el lento avance del líquido. Éste, impregnado de infinidad de puntos brillantes, como

cabezas de alfiler, centelleaba y se retorcía cual una horrenda visión de pesadilla.

Alexander escapó violentamente de su estupor. Tenía que impedir que el agua continuara saliendo; abortar aquella diabólica invasión.

Con mano febril cogió el tapón y lo aplastó contra la boca del frasco. Pero en su alocado movimiento no hizo más que provocar la catástrofe. El impulso fue tan rápido e impreciso que la botella perdió el equilibrio y rodó por la mesa.

La viscosa materia lo invadió todo. Retorciéndose, trazando caprichosos remolinos, hirviendo con sordo crepitar, se extendió a lo largo y ancho del tablero.

El geólogo cerró los ojos para no ver, horrorizado, la rápida desintegración de los objetos que entraban en contacto con el maldito líquido. El horrendo espectáculo tenía mucho en común con la avasalladora acción de las hormigas devoradoras.

De pronto sintió en sus rodillas una quemazón irresistible. Un alarido de dolor se escapó de sus labios. El cabello se le erizó al percatarse de la causa. Los bordes de la mesa goteaban y el nauseabundo líquido le había caído encima. Un humo ocre se esparció por la habitación haciendo el ambiente irrespirable.

Alexander Drummond se puso en pie movido por el instinto de conservación. Pero las piernas, corroídas ya por la acción de las misteriosas aguas, se negaron a sostenerle.

En el mismo instante en que caía al suelo, la mesa se desmoronó convertida en un frágil y humeante amasijo.

El anciano, presa de la desesperación, se debatió impotente agotando todas sus fuerzas para incorporarse. En breves momentos quedó extenuado por completo. En pleno delirio mental aceptó conformado su inminente y trágico final. La viscosa materia, resbalando por el suelo, llegó a su rostro. Sintió sus ojos traspasados como por un puñal de acero. Ésa fue su última sensación. Luego

sobrevino la quietud y el sosiego de la muerte.

Las paredes que sostenían la habitación se derrumbaron con estrépito.

Y las negras aguas de Venus prosiguieron inexorables su labor de aniquilación.

CAPÍTULO II

GANGSTERS EN ACCIÓN

Perdóneme, señor Belhul. Necesito hablar a solas con Sophie —y dirigiéndose a la muchacha, Ted añadió—: Te acompañaré a casa.

Hassan enarcó sus negras y afiladas cejas y sonrió.

—¿No cree que podría elegir otro momento más oportuno? —inquirió con cierta altivez.

—¿Qué te ocurre ahora, Ted? —Sophie se mostró molesta por la interrupción—. ¿Te falló la cita que tenías?

La hostilidad con que fue acogido no disminuyó la pena que Ted sentía hacia la joven.

—Es un asunto importante, Sophie —explicó—. Se trata de tu padre.

El cuerpo de ella se tensó violentamente. Una expresión de temor se reflejó en sus hermosas facciones.

—¿Mi padre? ¿Le ha pasado algo?

—Te lo diré por el camino.

Sophie se levantó con viveza.

—Te veré mañana, Hassan.

El atezado individuo esbozó un gesto afirmativo y saludó a Ted.

La pareja salió del establecimiento.

—Habla, Ted —insistió la joven con ansiedad—. ¿Qué le pasa a mi padre?

Ted Drummond se mordió los labios hasta hacerse daño. No sabía cómo empezar. ¿Sería preferible irla preparando para el terrible golpe o mejor decírselo sin rodeos? Quizá esto último... Sophie era una mujer animosa y fuerte.

—Escucha, Sophie —comenzó cogiéndola por un brazo—: tu

padre no volverá seguramente de Venus. La expedición ha sufrido un accidente.

La joven quedó clavada en el suelo. Sus ojos se abrieron desmesuradamente al mirar a Ted.

—Ha... ha muerto, ¿verdad? —balbuceó.

Ted asintió.

—¡No sabes cuánto lo siento, Sophie! Daría mi vida porque no hubiera sucedido.

Sophie respiró hondamente y trató de dominar la emoción que le embargaba. Al reanudar su marcha, Ted notó que la serenidad afluía a su semblante.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó ella tras una corta pausa.

Ted se lo refirió.

Al desembocar en la plaza de Samsun, próxima al puente inferior que separa la ciudad antigua de la nueva, se produjo una fuerte explosión.

El vivo resplandor recortó nítidamente en el cielo las afiladas aristas de los obeliscos de Keops.

Los escasos peatones echaron a correr en dirección al suceso. Sophie y Ted imitaron su actitud.

—Ha sido cerca de casa —dijo él con acento preocupado—. Dios quiera que no haya ocurrido otro desastre...

Precipitadamente descendieron por las escalerillas del puente. Una intensa luminosidad se destacaba detrás del gran palacio de Zeus.

Un policía les cortó el paso.

—Usted es el hijo del señor Drummond, ¿no es cierto? —indagó con acento raro.

—Sí, ¿por qué? —Ted sintió un nudo en la garganta.

—Lo lamento. No puede seguir adelante. Hay peligro de radiaciones. Su casa ha sido destruida. No se ha podido hacer nada por su padre.

Ted se desprendió bruscamente de Sophie e inició una carrera hacia el lugar del siniestro. Pero el policía atajó sus movimientos atenazándole un hombro.

—Sea consciente, amigo —recomendó con suave firmeza—. No me obligue a emplear la fuerza.

El joven abandonó la resistencia. Sus facciones estaban crispadas por la angustia.

—¿Quiere decirme lo que ha pasado? —preguntó ansioso.

El policía clavó en él su mirada penetrante.

—Posiblemente, su padre efectuó un experimento peligroso —dijo eligiendo con cuidado las palabras—. Un líquido corrosivo de incalculable poder destructor arrasó la casa y los alrededores. No hubo más remedio que hacer estallar una granada atómica para evitar la dispersión de dicho líquido. Patrullas de demolición están cubriendo de concreto la hondonada producida por la explosión. Dentro de tres horas habrán pasado los riesgos de las emanaciones radioactivas.

—Valor, Ted... —murmuró Sophie—. El Destino ha vuelto a unir a nuestros padres. Siempre fueron grandes amigos; compartieron las alegrías y las tristezas. Dios no ha querido separarlos...

* * *

La astronave «Kandevan» se hallaba dispuesta para despegar. El numeroso grupo de técnicos dio el último repaso y se retiró a la casamata de cemento plástico desde donde se controlaría la partida.

Un helicóptero a reacción se posó junto a la inmensa mole del «Kandevan». La grácil silueta de Sophie Kasvin saltó a la amarillenta y quebradiza arena del desierto.

Ted Drummond, que en su calidad de teniente de la Policía del Espacio había sido designado para comandar la astronave, se separó

de los tres miembros de la tripulación y avanzó hacia la muchacha.

Una expresión gozosa iluminó sus varoniles facciones.

—¡No sabes cuánto te agradezco que hayas venido a despedirme! —exclamó jovial—. Te he echado mucho de menos estos días. ¿No se enfadará Hassan cuando se entere que te has desplazado a El Cairo sólo para verme?

Los rojos labios de Sophie compusieron un mohín de reproche.

—¡Y dale con Hassan! Precisamente me acabo de despedir de él. Y debes de saber, cabezota, que no he hecho un viaje de trescientas millas sólo para verte.

—¿Ah, no? —Ted no ocultó la decepción—. Entonces, ¿a qué has venido?

Sophie extrajo del bolsillo de su pantalón una cartulina plegada en dos dobles.

—¿Sabes lo que es esto? —Un aire triunfal impregnaba sus palabras—. ¡Agárrate bien! ¡Un pasaporte para Venus! ¡Concedido con la autorización expresa del Gobierno Eurafricano! Así es que ya puedes darte prisa para hacer traer un equipo completo para mí. ¿Lo has entendido?

Ted se cruzó de brazos con un ademán que revelaba todo un torbellino de ideas contradictorias.

—¡Estás loca, Sophie! —exclamó cuando hubo salido de su estupor—. ¡Loca de remate! ¿Qué tienes que hacer en Venus? ¿Te figuras que es un viaje de recreo? ¡Tu pasaporte es para mí un papel mojado! ¡No permitiré que subas a la astronave!

—Tómate la molestia de leerlo —Sophie entregó el documento a Ted—. Tendrías que revocar todas las leyes interplanetarias para conseguir que me quedara en tierra. ¿Me equivoco al pensar que tu influencia no valdrá absolutamente nada a este respecto?

Ted no se dio por vencido.

—¡Pero, chiquilla! ¿Es que no te das cuenta de los peligros que

vas a correr? ¡Quizá no vuelvas jamás!

El adorable semblante de la muchacha adoptó una expresión de gravedad. Con una mano apartó el rebelde rizo de pelo empeñado en obstruir su visión.

—Mi padre murió allí —declaró—. Las autoridades gubernamentales encuentran lógico que me reúna con sus restos. ¿Por qué no has de ser tú más comprensivo? Es el último consuelo que me queda, Ted. Procuraré no ser un estorbo para vosotros. Os ayudaré cuanto pueda. No pongas ese gesto, querido. Hace un rato, Hassan me dijo que teniéndome a su lado sería capaz de luchar contra todos los mares vivientes del Universo. ¿Por qué no has de ser más comprensivo que él?

La barbilla de Ted se adelantó altiva.

—Las autoridades son comprensivas, Hassan es comprensivo, todos comprenden tus sentimientos; todos menos yo. Será porque soy el único que te quiere de verdad. Tienes razón, Sophie. Soy un estúpido. Desde el primer momento debí aconsejarte que vinieras. ¿Cómo puede habérseme pasado por alto?

Una luz rencorosa brilló en las azules pupilas de Sophie.

—Escucha, Ted —dijo—. De una vez para siempre. Estoy enamorada de Hassan, le quiero y me casaré con él cuando haya regresado. De nada servirá que emplees un tono despectivo al referirte a él. Esto debe quedar bien claro. En cuanto a nosotros, seguiremos siendo buenos amigos; de ahora en adelante, compañeros además de amigos. Y tanto si te place como si no, iré a Venus. Afortunadamente no eres tú quien ha de autorizarlo. Métete eso en la cabeza para siempre.

Ted no acusó el impacto. Incluso sonrió al decir:

—Está bien, señorita Kasvin. Dentro de cinco minutos partiremos.

* * *

—Estás triste Hassan. ¿Por qué no la acompañaste? ¿Te marean

los viajes interplanetarios?

Hassan Belhul condescendió a mirar a la llamativa mujer morena que así había hablado.

—Ocúpate de tus cosas, Jane. Y déjame en paz.

Jane aplastó su cigarrillo contra el cenicero y se apeó de la mesa para dirigirse a uno de los sillones de la pequeña estancia. Era una mujer de edad entre los veinticinco y treinta años, de líneas quizá un tanto demasiado provocativas, y hermoso rostro en exceso maquillado.

Al andar, con las manos apoyadas en sus ampulosas caderas, taconeó con modales de reina ofendida.

Sin preocuparse de la postura adoptada, Jane cruzó su mirada con las de los dos sujetos sentados enfrente de ella. Y al tiempo que lo hacía se barrenó la sien con el índice.

—Pronto se le pasará, chicos —dijo—. Apuesto a que antes de una semana.

Sonó el ¡click! de una navaja al abrirse. Con gesto indolente Hassan comenzó a limpiarse las uñas.

—¿Decías, Jane...? —inquirió suavemente.

La atractiva mujer palideció.

—Perdona, Hassan. No quise molestarte.

—Ya me parecía —el mestizo guardó la navaja y encendió un cigarrillo.

Renato Spinola, un afectado italiano de cabello grasiento y cutis ambarino, intervino para aliviar la tensión.

—¿Leíste los periódicos, Hassan? —preguntó.

El interpelado bajó la cabeza en señal afirmativa.

—De punta a cabo. ¿Te refieres a los mares vivientes de Venus?

—Me crispa los nervios pensar que eso pueda existir. ¿Te

imaginas lo que debe ser caer en uno de ellos? El profesor Drummond se ahogó como quien dice, en un vaso de agua.

—El profesor Drummond no murió ahogado —corrigió Chuck Matews, el fofo y obeso bostoniano, segundo guardaespaldas de Hassan—. Se desintegró al contacto del agua. No sería mala cosa tener unos cuantos barriles llenos.

El cuerpo de Spinola se envaró al oír el comentario de Matews.

—No has dicho ninguna tontería —declaró—. El «gang» que poseyera un arma semejante se adueñaría del Mundo. Un recipiente de cincuenta litros bastaría para destruir por completo Estambul. Más silencioso y efectivo que nada.

—En eso puede que tengáis razón —intervino Jane—. ¿Pero quién le quita el cascabel al gato?

—¿Qué gato? —preguntó Chuck.

—Quiero decir que me gustaría saber quién es el valiente que arriesgaría su pellejo por traerse de Venus unos cuantos barriles —aclaró la morena cruzando con indolencia sus bien torneadas piernas—. Resultaría más fácil robar una bomba nuclear.

Hassan Belhul levantó una mano para imponer silencio. Sus pupilas brillaban de un modo extraño.

—Por una vez en tu vida has tenido una gran idea, Chuck —dijo—. ¿De dónde la sacaste?

—No lo dirá en serio, jefe —repuso el interpelado—. Fue una broma como otra cualquiera.

—Bien —Hassan arrojó la colilla—. Vamos a explayarnos sobre tu broma. Suponed por un momento que somos dueños de un depósito de agua viviente. ¿Qué harías con él, Spinola?

El italiano reflexionó por espacio de unos instantes. Al cabo de ellos, su pálida faz se animó.

—Me embarcaría en un trasatlántico de lujo y en plena travesía daría a conocer a todos los viajeros que en cualquier lugar del barco

había una bomba de relojería conectada a un pequeño depósito de esa agua. Bajo tal amenaza no sería difícil sacarles el dinero.

—No vale —rechazó Hassan—. Te meterían en chirona antes de que pudieras poner los pies en tierra. Impracticable. ¿Qué se te ocurre a ti, Chuck?

—Yo la vendería a precio de oro —contestó el fofo lugarteniente —. Un gobierno u otro me la compraría.

Hassan clavó en él su mirada desdeñosa.

—Ahora me has decepcionado —dijo—. Ningún gobierno te la pagaría por la sencilla razón de que ellos también pueden traerla de Venus. Vamos a ver, Jane, ¿cuál es tu idea al respecto?

La provocativa muchacha se encogió de hombros con indiferencia.

—Lo que dijo en un principio Spinola. Me adueñaría del mundo. En primer lugar arrasaría una nación entera. Cincuenta o quinientos litros, los que fueran necesarios. Quizá con dos mil bastaría. Después organizaría una banda. El ultimátum sería concluyente.

Hassan asintió.

—Con ligeras variaciones, ése será nuestro plan.

—¿Eh?... —exclamó Spinola y Chuck al unísono.

El jefe de la organización sonrió.

—Iremos a Venus. Si es posible, antes de que transcurran veinticuatro horas nos pondremos en marcha. Tu vendrás con nosotros, Jane.

Ella negó con la cabeza.

—No, jefe. Los viajes interplanetarios no se han hecho para mí. Además, ¿de qué os serviría mi presencia en Venus?

—He dicho que vendrás —decretó Hassan con acento inexorable —. No es necesario que te diga las razones ¿verdad?

—¿Tienes miedo de que vaya con el cuento a otra parte?

Hassan acentuó su siniestra sonrisa.

—Simples precauciones.

—¿De dónde sacaremos la astronave? —quiso saber Renato Spinola.

—Ya lo resolveremos. Creo que hay un servicio de alquiler para viajes lunares.

—¡Eso es! —corroboró Chuck, entusiasmado con el proyecto—. Una vez en pleno vuelo, fuera de la ionosfera, obligaríamos al piloto a cambiar el rumbo.

—Se os ha olvidado un detalle —terció Jane—. El hijo del profesor Drummond.

—A mí no se me olvidó —contestó Hassan—. Procuraremos que no regrese. Ni él ni sus acompañantes.

—¿Incluyes a Sophie? —preguntó Jane con un dejo de ironía.

Hassan tardó unos segundos en responder.

—Te gustaría saberlo, ¿eh?

—Desde luego. A toda mujer le gusta saber lo concerniente a su rival.

Hassan la miró con expresión de sarcasmo.

—Pues bien... Sophie dejará de ser tu rival.

Jane descruzó las piernas y se asió a los bordes del sillón para evidenciar su alegría.

—¿Habéis oído, chicos? —se dirigió a Chuck y Spinola—. ¡Sophie ya no será mi rival!

Hassan dibujó una sardónica sonrisa.

—No te pavonees tanto, Jane —aconsejó—. Si pudiera elegir entre vosotras dos, serías tú la que se quedaría en Venus.

CAPÍTULO III

EL MAR VIVIENTE

Desde el año 2.000 hasta la fecha se han realizado cuatro expediciones a Venus —dijo Ted Drummond. Se hallaba en aquel momento de espaldas al mirador de nylon transparente y enfrentado a Jetheroe Benchley, Jake Atartuk y Sophie Kasvin. Hacía unos instantes que se habían apagado las luces ya que al penetrar en la atmósfera la iluminación solar inundó, radiante, el interior de la cabina —. No son muchas ciertamente si tenemos en cuenta el terreno avanzado en la navegación interplanetaria.

Benchley, el larguirucho y ascético biólogo de la expedición, señaló con gesto despectivo el esférico cuerpo astral que se coloreaba ya nítidamente en la pantalla visora.

—Cuatro viajes totalmente inútiles —declaró—. No hay nada en Venus que valga la pena. ¡Un mundo muerto!

—Un mundo naciente —rectificó Jake Atartuk, el radio—. Según Joe Liberace este planeta se halla en el estado primordial que la Tierra atravesó antes del proceso de creación del hombre.

—Liberace dijo también que Marte estaba deshabitado —comentó Drummond—. Y se equivocó de medio a medio. En mi opinión, Venus ofrece perspectivas interesantes.

—Recuerdo una anécdota de Napoleón sobre el planeta en cuestión —dijo Jetheroe Benchley—. Cuando el gran general regresó vencedor de sus campañas, se dio en su honor una sonada fiesta en París. Imponentes masas de gente se apretujaban en torno al palacio imperial; pero al aparecer el homenajeado en el balcón para mostrarse y saludar al pueblo, hubo de hacer una extraña y curiosa observación: las miradas de los millares de hombres y mujeres no iban dirigidas a él, sino al cielo, en el que lucía una estrella de mágico esplendor. Napoleón parecía un poco molesto por aquella actitud del pueblo, pero su extrañeza se desvaneció cuando el célebre astrónomo Arago, que se encontraba entre el séquito, le explicó que se trataba del planeta

Venus, que, precisamente en aquel momento, brillaba con su mayor intensidad, por lo que las masas populares creían a pies juntillas que el cielo mismo había querido honrar así al caudillo vencedor y que aquel astro que lucía tan claro y brillante sobre París era la «buena estrella» de Napoleón.

—Se han escrito muchas fantasías sobre Venus —confirmó Atartuk—. Teodoro Körner, el cantor de las guerras de la Libertad, también cantó, por cierto poco antes de su muerte en el campo de batalla, al hermoso planeta visible en la palidez del alba. «Estrella del Amor, brillante imagen, refulgente cual novia del Empíreo...» No me acuerdo de lo que sigue. Es un poema bonito. Sugiere pensamientos románticos.

Ted Drummond miró con interés a Jake Atartuk. Durante los quince días que llevaban de navegación estelar sólo había podido apreciar en él sus portentosas condiciones técnicas en el orden de la radiocomunicación. Ahora, alejado momentáneamente de su labor, veía también su aspecto humano. Atartuk tendría la misma edad que él; sin llegar a ser corpulento se evidenciaba en todos sus movimientos la felina elasticidad resultante de un cuidadoso entrenamiento físico. Tenía el cabello muy rubio, casi ceniciento, y las facciones varoniles y bien formadas. Constituía, en suma, un buen ejemplar entre los de su sexo.

—¿Le molestan nuestras divagaciones acerca de Venus? —preguntó Jetheroe a Sophie—. Comprendo que quizá le resulten un tanto desagradables.

La muchacha sonrió.

—El tema se impone —consultó su reloj de pulsera—. Cuando sólo faltan escasas horas para el término de nuestro viaje sería una necedad hablar de otra cosa. A lo largo de estas dos semanas me he dado perfecta cuenta de que ustedes rehuían nombrar al planeta Venus en mi presencia. Una delicadeza que les agradezco. Sin embargo, habría preferido que no lo hubiesen hecho. El dolor producido por la muerte de mi padre no se alivia con unas cuantas

palabras menos. Creo que hasta que no conozca la verdadera causa de su muerte, mi herida no cicatrizará.

—En resumidas cuentas, te agradaría saber las características del mundo a que nos dirigimos, ¿no es cierto?

Los azules ojos de Sophie se posaron en Ted con indisimulada curiosidad. Era la primera vez, durante la travesía que él se dirigía a ella abiertamente, sin hostilidad, ni reticencias. La barrera de hielo comenzaba a fundirse. Y a la muchacha le agradó.

—Poseo algunas ideas vagas —contestó—. Venus se halla a cuarenta millones de kilómetros de la Tierra, tiene una atmósfera parecida y su volumen y masa son casi inapreciablemente menores que los de nuestro planeta. Creo que esto lo sabe cualquier alumno de párvulos —agregó sonriendo.

—Los informes de Liberace no son mucho más explícitos —declaró Ted—. Según sus experiencias personales, en Venus no hay más que inmensas formaciones de bosques y mares. Ningún signo de vida animal. Claro es que él únicamente exploró un hemisferio.

—Hace un par de años asistí a una conferencia de Liberace —intervino Atartuk—. Fue a su regreso. Proyectó también una serie de documentales interesantísimos. La vegetación de Venus alcanza una exuberancia monstruosa.

—Monstruosa no es la palabra adecuada —corrigió Ted Drummond—. Yo diría fantástica. Tuve ocasión de presenciar los documentales.

—¿Quieren decir que los árboles son de gran tamaño? —quiso saber Sophie.

Ted inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Enormes. Vi un bosque de lianas que cada una de ellas tenía un grosor de veinticinco metros por lo menos. Algo inimaginable.

—El baobab gigante que se halla en el delta del «Hermes» tiene la altura de tres rascacielos, uno encima del otro —siguió explicando Atartuk—. Liberace le calculó cerca de mil quinientos metros.

—¡Increíble! —El asombro se pintó en el semblante de Sophie—. Y ¿toda esa vegetación es uniforme?

—Hasta el punto de que en la mitad del planeta la luz solar apenas es filtrada —contestó Ted Drummond—. Observa la pantalla; todas esas extensiones rojas son los bosques.

—¿Bosques rojos? —Sophie enarcó las cejas intrigada.

Ted esbozó una sonrisa.

—El cambio de coloración se debe a un fenómeno espectral —aclaró—. La vegetación es verde. Sólo se aprecian variaciones de matices en el mar Negro. Ahí sí que hay diferencia con los mares terrestres.

El rostro de la joven se ensombreció.

—Te refieres al mar viviente que mató a mi padre, ¿no?

Drummond se levantó y acudió junto a la pantalla visora. Después señalando una pequeña demarcación grisácea situada en el centro mismo del hemisferio visible, dijo:

—Con arreglo al mapa de Liberace, ése es el mar Negro. En la orilla norte, o sea aquí, se instaló el equipo de tu padre. Es nuestro punto de destino.

Sophie entrelazó sus manos nerviosamente.

—¿Imaginas que hallaremos algún rastro? —preguntó con voz temblorosa pese al tono de firmeza que quería adoptar.

El silencio fue la respuesta.

Jake Atartuk se puso en pie.

—Voy a mi puesto —dijo—. He de verificar la distancia exacta por medio de las mediciones terrestres. ¿Queréis algo para nuestros lejanos amigos?

Ted miró maliciosamente a Sophie.

—¿No envías saludos para Hassan?

La joven dio media vuelta y sin decir palabra se metió en su cabina individual.

Quedaron solos Jetheroe Benchley y Drummond.

—No os lleváis muy bien, ¿verdad? —preguntó el primero al capitán de la astronave—. Os noto como resentidos.

Ted se encogió de hombros y adoptó una expresión sardónica.

—Hay ciertas clases de bromas que no soporta —contestó—. Le ocurre a toda mujer enamorada.

Jetheroe le miró suspicazmente.

—Yo diría que no te es indiferente. Apostaría a que incluso el enamorado eres tú.

Ted se puso a la defensiva.

—Te acepto la apuesta. Pon las condiciones.

El biólogo quedó un instante pensativo. Luego recobró su aire irónico.

—Cincuenta libras a que antes de que regresemos te has declarado a ella —decidió—. Y no vale mantener el secreto porque pienso poner a Sophie al tanto de la apuesta.

—¡No serás capaz! —Ted se irguió amenazador—. ¡Tendrás un disgusto conmigo!

—Me tienen sin cuidado los disgustos —repuso Jetheroe con la mayor tranquilidad—. ¿Van las cincuenta libras?

La puerta de la cabina de pilotaje se abrió apareciendo en el umbral Charles Javin. Éste era un sujeto de porte indolente y faz altiva cuya edad oscilaría entre los treinta y cinco y cuarenta años. Por el modo que se apoyó en el quicio dio la sensación de hallarse sumamente cansado; sensación engañosa pues era la suya sempiterna.

—¿Habláis de dinero? —preguntó con voz suave, arrastrando las sílabas—. No se os habrá ocurrido montar un negocio en Venus...

—Ven acá, Javin —demandó Jetheroe al piloto—. Toma estas cincuenta libras. Drummond te dará otras tantas. Guárdalas hasta que regresemos.

Charles Javin, tomó el dinero y alargó la diestra a Ted.

—No te hagas el remolón. Dame tus cincuenta.

El capitán, con gesto contrariado por la publicidad que había tomado el asunto, extrajo unos billetes y se los entregó al piloto

—¿No tenéis miedo de que me lo gaste? —preguntó con sorna.

Jetheroe soltó la carcajada.

—¡Tendría gracia que nos encontráramos en Venus con máquinas tragaperras!

Javin se abanicó con el fajo de billetes.

—¿Cuál es el motivo de la apuesta? —interrogó frívolamente.

—La perderé si Ted Drummond regresa sin novia —contestó el biólogo.

El piloto dejó caer su mirada cansina sobre el aludido.

—Ya... —un gesto de comprensión iluminó su rostro—. Le gusta Sophie, ¿eh?

Drummond sonrió de manera glacial.

—Jetheroe goza de una buena posición económica —dijo—. No notará demasiado la pérdida de las cincuenta libras.

—Allá vosotros —comentó Javin indiferente. Y dio media vuelta para introducirse nuevamente en la cabina. Sin embargo, pareció acordarse de algo pues se volvió hacia ellos otra vez—. A propósito, Ted; como comandante de la astronave que eres debo informarte de una novedad. El espejo solar ha sido destrozado por un meteorito. Estoy haciendo uso de la hidracina para alimentar los motores.

Lo dijo con tal tranquilidad que Ted y Jetheroe tardaron algún tiempo en darse cuenta de la magnitud de la catástrofe.

—¡Pero eso es una locura! —exclamó Ted—. ¡La hidracina es únicamente para los despegues! ¡No podemos desperdiciarla!

—¿Y qué quieres que haga? —había una ligera entonación de sorpresa en la voz de Javin quien fijó en Drummond su mirada penetrante.

El comandante de la astronave recapacitó un momento.

—¿Cuánto combustible quedará a nuestra llegada a Venus? —preguntó al fin.

Javin meneó la cabeza dubitativamente.

—La mitad aproximadamente del necesario para vencer la atracción gravitatoria en el viaje de vuelta —replicó con su habitual sangre fría.

—Eso significa que no podremos regresar —intervino Jetheroe que había palidecido considerablemente.

—No, hasta que nos recoja otra astronave —confirmó Javin. Y dirigiéndose a Ted añadió—: Díselo al radio y que éste comunique lo ocurrido a la base de El Cairo.

Acto seguido desapareció en su compartimiento.

—Tenemos mala suerte —comentó Jetheroe rascándose la cabeza con ademán pensativo—. ¡Romperse el espejo solar! Temo la reacción de Sophie cuando se entere. Vamos a tener una escena.

—No la tendremos porque no hay necesidad de que lo sepa —replicó Drummond—. Retrasaremos la vuelta con cualquier pretexto para dar tiempo a que la base envíe a por nosotros. Una semana más o menos no tiene importancia.

Jetheroe se puso en pie.

—Voy a decírselo a Jake —decidió.

Drummond reflexionó contrariado sobre lo acontecido. Tiempo atrás, cuando las astronaves eran diez veces mayores y llevaban consigo todo el combustible necesario para una expedición, el enojoso incidente no habría sobrevenido. La aplicación del espejo solar

simplificó considerablemente las estructuras, pero dejaba un amplio margen de riesgo. El espejo constaba esencialmente de una lámina curvada de metal pulido que, concentraba los rayos solares sobre tubos llenos de mercurio. El intenso calor evaporizaba el mercurio y por consiguiente, el vapor obtenido accionaba los turbogeneradores. La superficie reflectora era de ciento cincuenta metros cuadrados y su producción de ochenta kilovatios de potencia eléctrica; más que suficiente para las necesidades de la astronave. Una vez que el mercurio realiza su trabajo en los turbogeneradores, se enfría en conductos situados detrás del espejo y se utiliza nuevamente.

La voz de Jake Atartuk, le sacó de su abstracción.

—Malas noticias, Drummond —dijo con acento asaz preocupado —. Nos hemos metido en un callejón sin salida.

Ted levantó la vista y halló en el rostro del radio-operador y en el de Jetheroe, expresiones de alarma un tanto exageradas a su juicio.

—¿Has informado a la base, Jake? —Un presentimiento indefinido le acababa de asaltar.

—¿Te has detenido a pensar que la antena emisora se halla instalada en el mismo eje que el espejo solar? —replicó Atartuk con otra pregunta.

A Ted se le heló la sangre en las venas.

—¿También el meteorito...? —dejó sin acabar la frase ante el gesto afirmativo del radio.

—Arrancó de cuajo el eje sustentador —explicó—. Según el registro del radar, el causante de la catástrofe fue un residuo astral del tamaño de un guisante.

—Habrá posibilidad de sustituir la antena, supongo —apuntó Ted.

—Ninguna. ¿Para qué nos vamos a engañar?

Jetheroe sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente.

—Estamos perdidos. Jamás regresaremos a la Tierra.

Ted miró instintivamente la pantalla visual. El oscuro disco de

Venus aparecía ahora tan agrandado que podían apreciarse con claridad incluso los repliegues de su superficie.

—Tenemos víveres para un mes —dijo—. Como nuestra misión exploratoria no requiere más de una semana, es presumible que alguien se acuerde de nosotros.

Atartuk sonrió.

—Nos enseñaron a ser optimistas en la Escuela de Preparación Astrofísica —declaró—. ¿No os acordáis?

Jetheroe quiso devolverle la sonrisa pero su expresión se convirtió en una mueca que no pudo por menos que hacer reír a Ted Drummond.

—No hablemos más del asunto —decretó éste—. Ni una sola palabra, ¿entendido? Si no volvemos, estableceremos una colonia en Venus —agregó humorísticamente.

—Perderás la apuesta, Ted —dijo Jetheroe, aliviado por el tono despreocupado del comandante de la astronave.

—Quizá...

* * *

Tres horas más tarde, la quinta expedición terrestre posaba sus plantas en el planeta Venus. Cuatro hombres y una mujer cuyas misiones consistían en tramitar los formulismos legales inherentes a las misteriosas muertes de un grupo de semejantes.

Ted Drummond era uno de tantos miembros de la Policía del Espacio. Y como tal, su labor no era otra que investigar, atar cabos y presentar los informes completos de los casos que se le encomendaban. Una profesión fascinante y de amplias perspectivas. Pero en aquella ocasión, Ted presentía que el desarrollo de la investigación iba a ir aparejado con siniestras complicaciones. Tal vez esta impresión se debiera a la extraña coincidencia de las muertes de Karl Kasvin y su padre.

La llegada de la astronave tuvo lugar a la iniciación del

crepúsculo vespertino.

A Sophie Kasvin le fue reservado el privilegio de salir primeramente. Su mirada recorrió ansiosa la extensa planicie grisácea orlada en sus alrededores por gigantescas formaciones rocosas que delimitaban el horizonte visual.

La temperatura era más bien cálida. Sin embargo, la aspiración del aire comunicaba a los pulmones una agradable sensación refrescante, debido a la excesiva saturación de oxígeno.

Un murmullo lejano se dejaba oír como un trueno prolongado. El rumor, contrastando con el sepulcral silencio del paraje, ponía una nota inquietante, sobrecogedora.

—¡El Mar Negro! —dijo Charles Javin agudizando el oído—. ¿No escucháis el bramido de sus olas?

Ted se estremeció y miró a Sophie. En aquel momento una densa cadena de nubarrones rojizos ocultó el radiante semicírculo solar. Una extraña penumbra cayó sobre los terrestres que, atónitos, contemplaban la inhóspita región venusiana.

Inconscientemente, Sophie se alzó el cuello de su «sweater» en un instintivo ademán de protección.

—Hace frío —dijo castañeteándole los dientes.

Atartuk consultó el diminuto termómetro adosado en la esfera de su reloj.

—Veintiséis grados —repuso—. El frío que sentimos es un puro reflejo nervioso de nuestros pensamientos.

Ted Drummond echó a andar hacia una cercana elevación del terreno. Breves minutos después se hallaba en lo alto de un promontorio desde el que se dominaba un espectáculo impresionante por su grandeza y siniestra significación.

A la tornasolada luz del crepúsculo brillaba la pulida superficie de un mar negro como el ébano. Se extendía en el horizonte hasta el infinito. A los pies de Ted, a más de doscientos metros de

profundidad, un ligero oleaje rompía contra los acantilados produciendo un rumor acompasado, de rítmica frecuencia y pastosas resonancias.

Drummond cogió un guijarro de gran tamaño y lo arrojó con fuerza. Un escalofrío de horror le recorrió el espinazo al contemplar el indescriptible remolino que se originó al caer la piedra. Surgió un embravecido surtidor que desparramó el agua en todas direcciones. Por espacio de unos segundos, aquella pequeña zona del mar pareció hervir y crepitar. Luego sobrevino la calma.

Con el alma encogida por el espanto, Ted Drummond dio media vuelta y se tropezó con Sophie Kasvin que se hallaba detrás de él.

—¿Lo viste? —preguntó roncamente.

La muchacha asintió.

—¡Un mar viviente...! —Las palabras brotaron de sus labios como impulsadas por una mente alucinada—. Mi padre tenía razón.

CAPÍTULO IV

EL FRACASO DE UN POLICÍA

Jetheroe Benchley efectuó una última anotación en la tabla del análisis y descansó breves segundos. Sus afiladas y ratoniles facciones, el intenso fulgor de sus pupilas y la tensa y envarada posición que mantenía frente al laboratorio portátil, evidenciaban que se hallaba ante un descubrimiento de incalculable magnitud.

Con sumo cuidado tomó una diminuta cápsula transparente que contenía un líquido negruzco y la depositó en un agujero abierto en el suelo. Luego recubrió éste con una capa de plomo fundido que chisporroteó al contacto de la fina arenilla.

Acto seguido se volvió hacia sus compañeros.

—La fantasía más desbordada no puede imaginar ni remotamente la composición del Mar Negro —explicó con acento doctoral—. Voy a poneros un ejemplo de lo que son estas aguas. Es

la única forma de concretar una idea aproximada. Suponed por un momento que el Océano Pacífico sufre una evaporación total y que el foso resultante es rellenado de hombres, vegetales y animales de todas las especies. Desde una distancia cercana podrán ser distinguidos los detalles parciales de la enorme masa viviente. Pero si el observador se eleva por encima del foso a una altura, digamos que de cinco mil metros, no verá sino un conjunto armónico muy semejante a un mar en calma. No obstante, nosotros sabemos que en dicho mar anida la vida en todas sus manifestaciones. Los seres humanos y los animales subsistirían en unas condiciones misérrimas; pero subsistirían. Aprisionados, codo con codo, cabeza con cabeza, enzarzados en una lucha perpetua y encarnizada, devorándose sin piedad y privados de los más elementales sentimientos, su visión ofrecería un cuadro de repugnancia y ferocidad, que una mente racional repelería espantada. Ése es el aspecto que presenta bajo el microscopio el Mar Negro. Infinidad de células vivientes perfectamente organizadas que se debaten en un mundo apelotonado. Cada una de estas células, y esto es lo más asombroso, posee incluso inteligencia propia.

—Sugieres que las células obran impulsadas por motivos inteligentes —apuntó Ted.

—Exactamente. ¿Recuerdas la carta que Karl Kasvin envió a tu padre desde este planeta?

El joven asintió. Milagrosamente, aquel documento pudo ser salvado casi íntegramente de la terrible destrucción.

—En ella decía Kasvin —siguió Jetheroe— que las aguas del Mar Negro eran peligrosas y ésta fue la razón por la que no se atrevió a analizarlas. Al desoír tu padre los consejos sucumbió aniquilado por el poder corrosivo de las mismas. Dicho en términos más adecuados no es un poder corrosivo. Las células vivientes atacan, muerden, devoran insaciables. Ahí tienes la explicación.

Charles Javin leyó el análisis y preguntó:

—¿Y cómo es posible que dichas células no invadan la superficie

del planeta?

—No pueden. Te ocurriría a ti lo propio si te depositaran en el fondo de una sima cuyas paredes no ofrecieran el debido asidero. Ahora bien, si llegara el día en que su excesiva reproducción hiciera que el nivel ascendiera, pongo por caso, veinticinco metros, entonces sería otra cosa.

Ted se rascó la cabeza pensativamente.

Javin consultó la hora y luego, su mirada exploró los alrededores.

—¿No se retrasan demasiado Sophie y Jake? —preguntó dirigiéndose a Ted.

—Tal vez hayan encontrado algo interesante —contestó—. Echaré un vistazo al «localizador»

—Te acompaño —decidió el piloto—. ¿Vienes, Jetheroe?

—No —repuso Benchley—. Puesto que ya he finalizado mi trabajo, voy a replegar los útiles de laboratorio para acondicionarlos más tarde a bordo de la nave.

Drummond y Javin salieron de la tienda de campaña y se dirigieron hacia la astronave. Al pasar por delante del aposento plástico de Sophie, Ted ojeó el interior.

—No está aquí —dijo a Javin.

—Es curioso —comentó el piloto—. Aseguraron que vendrían a la hora del almuerzo.

—Lo ordené yo —el acento de las palabras de Ted sonó con una dureza que a Javin se le antojó innecesaria.

Aquel era el tercer día, según el horario terrestre pues la evolución de Venus sobre su eje era en tres horas más rápida que la de la Tierra, que la expedición llevaba en el planeta. Drummond y sus hombres habían efectuado diversas exploraciones y, en cuanto al objetivo primordial, la investigación de la muerte de Kart Kasvin, todavía no se había podido resolver nada.

El grupo se hallaba acampado en el mismo lugar que se posara la

astronave, punto cuidadosamente escogido por Drummond por creerlo cercano al que se instaló la expedición del profesor Kasvin.

Ted entró primero en la astronave. Un respingo de ansiedad se escapó de sus labios al contemplar el luminoso cuadro del «localizador». La esfera correspondiente al control de Jake Atartuk, se había oscurecido, mostrando ahora una coloración violácea que contrastaba vivamente con el fulgor carmesí de las cuatro esferas.

—¿Qué ocurre, Ted? —inquirió Javin un tanto sobresaltado.

—¡Mira! —exclamó Drummond señalando la mortecina luz de la esfera.

—¡Santo Dios! ¡Algo le pasa a Jake! —Javin se aproximó al cuadro de control—. ¡Hay que ir inmediatamente en su ayuda!

Ted verificó mentalmente la situación de Atartuk. No empleó para ello más de un par de minutos. El «localizador» era un sencillo receptor de ondas electromagnéticas, provisto de tantas esferas como el número de emisoras. Cada emisor, ajustado a la tapa inferior del reloj de pulsera, tenía dos dispositivos esenciales; uno que indicaba al receptor la situación exacta de la persona que lo llevaba y otro, regulado con el pulso sanguíneo de dicha persona, que transmitía las variaciones al vibrador luminoso de la pantalla esférica. Un pulso normal hacía aparecer la esfera de un color rojizo uniforme; una sensación de angustia, sorpresa o miedo, era representado por bruscas oscilaciones en los matices fundamentales. Y la muerte, o cese del pulso, convertía la esfera en un disco negro. El tono violáceo que ahora tenía la correspondiente a Jake Atartuk significaba el lento latir de una persona herida, víctima de una gran hemorragia.

Sophie Kasvin entró en aquel momento. Su rostro revelaba la excitación.

—Hallé los restos de la astronave de mi padre —informó sacando un cuaderno de notas—. Aquí he indicado la posición. Pude verlos desde lo alto de un acantilado. Pero... ¿qué les ocurre? ¿Pasa algo, Ted?

Drummond la cogió del brazo y la hizo salir de la astronave. Detrás les siguió Javin.

—Jake está en peligro —informó Drummond—. Hemos de darnos prisa si queremos llegar a tiempo. ¿Dónde le dejaste?

—Nos separamos hará una hora —replicó la joven—. Dijo que quería investigar un bosque de tamariscos. Me pidió que le esperase, pero no lo hice por considerar que se nos haría tarde. Quedamos en regresar cada uno por su cuenta.

Jetheroe se les unió y, juntos, partieron en la dirección que el «localizador» indicaba. El punto marcado por las saetas se hallaba a una distancia de unos tres kilómetros al sur.

El trayecto fue cubierto en media hora. A lo largo del mismo, el grupo atravesó una profunda cañada, desprovista de vegetación, cuyos oscuros farallones unidos al impresionante silencio que los enmarcaba convertía el paisaje en algo tétrico, repelente por su falta de vida. Poco después de la desembocadura venía una serpenteante franja de agua, cristalino arroyuelo plateado, que tuvieron que vadear, no sin antes vencer los naturales temores. El paraje cambiaba totalmente a la otra parte del riachuelo. Extensas fajas de suelo cubiertas de un verdor intenso, casi azulado, eran el anticipo de los gigantescos bosques que se vislumbraban difusamente en un lejano horizonte.

Sophie echó a correr hacia un bulto fácilmente visible. Era Jake Atartuk.

Jetheroe, Drummond y Javin rodearon inmediatamente el ensangrentado cuerpo de su compañero. La estupefacción se pintó en el rostro de todos.

Ted se inclinó sobre Jake y le tomó el pulso.

Al incorporarse, su rostro revelaba una expresión indefinible.

—Está muerto —dictaminó con siniestro acento—. El canalla que lo hizo sabía bien dónde estaba su corazón.

Y con ademán pausado pero firme, Drummond estiró de la

empuñadura de un estilete hasta extraer del pecho de Jake la afilada y roja cuchilla de acero.

—Fabricado en Estambul —declaró fijando su mirada acusadora en Sophie.

La muchacha sintió vacilar sus piernas y la cabeza comenzó a darle vueltas.

—¿Qué... qué quieres decir, Ted? —balbuceó horrorizada ante la expresión de sospecha de su amigo.

—Nada —fue la respuesta de Ted. Envolviendo cuidadosamente el estilete en un pañuelo lo guardó en un bolsillo—. Regresemos. Dentro de unos minutos anochecerá.

Ted Drummond completó el revelado fotográfico y acto seguido llamó a Sophie.

La muchacha penetró en el aposento de la astronave con el rostro demudado y la indignación brillándole en sus hermosos ojos.

—¡Insinuaste delante de todos que maté a Jake! —exclamó colérica—. ¡Me insultaste vergonzosamente! ¡Lo he dicho a los demás! ¿Y sabes lo que me han contestado? ¡Nada...! —escupió furiosa—. ¡Has conseguido que sospechen de mí! ¡Que crean que soy un asesino...!

Ted la miró con expresión inescrutable.

—Eres la única persona en Venus de quien se puede sospechar. Te marchaste con Jake. Los demás quedaron conmigo.

—¡Maldito seas una y mil veces! —exclamó Sophie con el semblante congestionado—. ¡Aprendiz de policía...! ¿Te crees muy listo, verdad? ¡Pues no conseguirás jamás demostrar que le maté!

Drummond extendió ante Sophie una cartulina blanca y un pequeño tampón de tinta azul.

—¿Quieres marcar tus huellas dactilares? —pidió haciendo caso omiso de la explosión de ira que en aquel momento alcanzaba su punto culminante—. Si eres inocente, se sabrá ahora mismo.

Sophie le fulminó con la mirada.

—¡Serás capaz...! —su diestra abofeteó por dos veces la mejilla de Ted.

El comandante de la astronave realizó un supremo esfuerzo por dominar sus nervios. Con un impulso repentino asió la muñeca de Sophie y la obligó a poner su dedo índice en el tampón y luego sobre la cartulina.

—Puedes marcharte, si lo deseas —dijo tomando la cámara fotográfica y disponiéndose a retratar la cartulina.

—No, Ted. Prefiero quedarme... —las sílabas pronunciadas por Sophie saltaron en el aire como escamas de acero incandescente.

Por espacio de unos minutos, Ted permaneció abstraído en la labor de fotografiar, revelar y ampliar las características de las huellas digitales impresas en la cartulina.

Luego las comparó con las obtenidas en la empuñadura del estilete.

Sus mejillas enrojecieron violentamente. La incredulidad le transformó el rostro en una cómica máscara.

Sophie se alzó del asiento y avanzó hacia él, crispados los puños y desafiante la barbilla.

—¿Qué? ¿No tienes nada que decir...?

Ted tragó saliva.

—No lo comprendo —dijo roncamente—. Habremos de creer en la hechicería. Perdóname, Sophie...

La muchacha apretó los labios, para acallar sin duda el tropel de frases dictado por el odio, y salió del compartimiento dando un portazo que retumbó en toda la astronave.

CAPÍTULO V

CARGAMENTO SINIESTRO

Ya vuelve la astronave de Drummond! —exclamó Renato Spinola señalando el cielo—. ¡Ahora vuela más bajo todavía!

Hassan hizo un gesto de fastidio.

—Van a hacernos perder un tiempo precioso —dijo—. ¿Por qué no se irán al diablo de una vez?

Jane terminó de retocarse los labios con la barrita de carmín y se contempló en el espejo de bolsillo.

—Deben estar frenéticos —comentó—. Ese Drummond, ¿no es policía?

—Y de los buenos —replicó Chuck Matews.

—De nada le servirán sus cualidades —Spinola se agazapó tras un enorme helecho a fin de no ser visto por la astronave—. Imagino la cara que pondría cuando encontró el cadáver de su amigo. Fue un buen detalle dejarle clavado el estilete.

Hassan sonrió.

—Un detalle casual —declaró modestamente—. Lancé el cuchillo desde una distancia de veinticinco metros y pensé que no valía la pena recogerlo...

El atronador rugido de los motores de la astronave ahogó las palabras de Hassan.

Al cabo de unos segundos, Spinola se puso en pie y se sacudió el traje. Galantemente ayudó a Jane a levantarse.

—Esperemos que no haga otra aparición —dijo Chuck—. Está a punto de anochecer.

Hassan se abrió paso entre la espesa vegetación y llegó hasta la cohetenave que les había conducido a Venus Un hombrecillo de edad indefinida y cabellos grises le salió a su encuentro.

—He recapacitado sobre su oferta, señor Belhul —dijo esbozando una débil sonrisa—. De ahora en adelante trabajaré para ustedes.

—Lo sabía, Cyrus —contestó Hassan sin hacerle demasiado

caso—. No le quedaba otro remedio.

El llamado Cyrus irguió su esmirriada humanidad en un vano intento de aparentar firmeza. Sus negros ojillos centellearon.

—¡Está usted muy seguro de poder comprar mis servicios! —exclamó—. ¡No crea que le temo, señor Belhul!

Hassan alzó sus negras cejas.

—¿Quién habla de miedo? —inquirió un tanto despectivo—. Únicamente le dije que pilotaría la astronave al regreso y que le pagaría por ello.

—Sí, pero ¿y después?

—Usted es lo suficiente inteligente para comprenderlo. Ésta no es una expedición legal y por lo tanto su labor es tan delictiva como la nuestra. Forzado o no, usted está fuera de la ley. No ignora cuál es el castigo. Se lo repetiré no obstante: la muerte en las cámaras de radiación. Trabajando a nuestro lado vivirá muchos años, Cyrus. Y dispondrá de dinero. ¿Cómo voy a suponer que va usted a negarse a colaborar en esta empresa?

El piloto avanzó un paso.

—¡Toda la vida he sido un hombre honrado! —galleó—. ¡Y aún lo soy!

Hassan sonrió.

—¿Quiere decir que se vuelve atrás?

Cyrus se mordió los labios.

—Imagine que sí —contestó tras una breve pausa—. ¿Qué ocurrirá?

—Nada.

El hombrecillo se desconcertó. Sin embargo, se sobrepuso.

—Sí ocurrirá —dijo—. Ninguno de nosotros volverá a la Tierra.

—¡Necio! —escupió Hassan.

—¿Piensa que me puede obligar? —Cyrus se mostraba ahora con una energía rayana en el fanatismo—. Pruébelo, tortúreme, intente la fuerza conmigo. Sé lo que se propone, Hassan. He escuchado las conversaciones de ustedes. Quieren dominar la Tierra valiéndose de esa maldita agua viviente. Pero escuche bien, Hassan; su diabólico proyecto fracasará. Ni usted ni sus hombres saben pilotar una astronave. Y yo moriré antes que ser un traidor...

Hassan le cogió de un hombro y le zarandeó.

—Está usted loco, Cyrus —le increpó—. Hace un momento dijo que aceptaba mi oferta y ahora retrocede como un cobarde. ¿Qué clase de tipo es?

Cyrus encogió la boca en un rictus triunfal.

—Confieso que estuve a punto de caer en sus manos —dijo desasiéndose violentamente de Hassan—. Pero usted mismo me hizo ver claro. Me acusó de ser tan canalla como los demás. No estoy aún fuera de la ley, ni lo estaré jamás mientras no regrese a la Tierra. ¡Métase eso en la cabeza!

Hassan le miró impávido.

—¿Va a quedarse toda la vida en Venus? —preguntó con un dejo de ironía.

—Yo dispongo de mi vida. —Cyrus parecía otro hombre. Dueño de sí mismo, revelaba una fuerza de voluntad que contrastaba con su apocado aspecto—. Dispongo de mi vida, Hassan —repitió—. Si usted me la quita me ahorrará tal vez un trabajo.

—Por mí puede usted suicidarse cuando quiera —Hassan dio media vuelta y se alejó.

Cyrus contempló su marcha sonriente. Cuando perdió de vista a su adversario se introdujo en la astronave. Por espacio de varios minutos manipuló la radio. Al fin logró establecer contacto con una emisora terrestre. Una satisfacción sin límites le invadió. Hassan Belhul era muy listo, o por lo menos así lo creía él. Pero, sin embargo, no dio muestras de ello al prohibirle que abandonara la astronave.

Creía sin duda que una promesa de dinero sería suficiente para comprar su fidelidad. O tal vez le suponía demasiado cobarde para intentar rebelarse. Pues bien, ahora sabría quién era Cyrus Smiht...

Acercó su rostro al micrófono.

—Atención... Habla Cyrus Smiht desde el planeta Venus —su voz era expectante—. ¿Pueden escucharme?...

—Observatorio sismográfico de Calcuta a la escucha —respondió otra voz a través del altavoz—. Le oímos perfectamente. Hable.

Cyrus se giró para percatarse de que se hallaba solo. Su rostro se transfiguró en una horrible mueca al contemplar a espaldas suyas a Hassan Belhul. Éste estaba de pie, en el umbral de la portezuela y en su diestra refulgía un revólver. Sonreía.

Sonó un chasquido. Cyrus se tambaleó un instante y cayó después con el cráneo destrozado.

Hassan cortó la conexión.

* * *

Chuck Matews regresó tan sigilosamente como se había ido. En la penumbra nocturna sus burdas facciones denotaban excitación.

—Drummond y los suyos tienen el campamento a cosa de cuatro o cinco kilómetros —informó a Hassan Belhul—. No creí que pudiéramos estar tan cerca de ellos. Si nos llegamos a descuidar, aterrizamos en sus propias narices.

—¿Aterrizamos? —se burló Renato Spinola.

—Pues, ¿cómo se dice?

—Dejad esa cuestión —intervino Hassan. Y dirigiéndose a Chuck preguntó—: ¿Marcaste en el mapa la situación de Drummond?

El interpelado mostró el mapa.

—Sí —contestó—. Esta cruz roja es la señal. Como verás, se hallan en la misma orilla que nosotros, justamente donde se inicia la región «Aex Nubium». La astronave de ellos se encuentra en una

planicie circundada por rocas basálticas. Tuve que escalar una de éstas para poderla ver.

—¿No es una proximidad demasiado casual? —quiso saber Jane. Sus oscuras pupilas brillaron de un modo raro.

—¿Qué insinúas? —Hassan fijó su vista en ella.

—Que nuestro amigo el piloto quiso jugárnosla —replicó Jane—. Tal vez pensara que Drummond nos descubriría.

—Es difícil suponer que Cyrus supiera la situación exacta de Drummond —terció Spinola encendiendo un cigarrillo.

—No tan difícil —insistió la atractiva joven—. Lo lógico es que Drummond eligiera el mismo lugar que el profesor Kasvin. Y todo el mundo sabe por los periódicos, donde aterrizó Karl Kasvin. No cabe otra explicación. En un mundo tan grande como éste no puede deberse a una casualidad que dos astronaves caigan tan cerca una de otra.

—Jane tiene razón —declaró Hassan con expresión pensativa—. Pero Cyrus, lejos de perjudicarnos, nos ha hecho el gran favor —y levantándose del suelo añadió—: ¡Bien, muchachos! ¿Qué tal si empezamos la faena?

—De perlas —respondió Spinola captando el asentimiento de todos—. Vamos allá.

Chuck Matews se ausentó unos minutos. Al cabo de éstos regresó tripulando un pequeño vehículo en el que, sobre la plataforma posterior, había tres recipientes metálicos de regulares dimensiones.

Jane, Spinola y Hassan se acomodaron a bordo del diminuto tractor.

Un cuarto de hora después arribaban al borde de un acantilado. La débil iluminación producida por los efluvios astrales mostró en toda su impresionante grandeza la espectacular negrura del mar viviente. Un leve rumor siseante evidenciaba, mejor que la visión, el batir de las olas contra las rocas.

Matews y Spinola extrajeron el cadáver de Cyrus de entre los recipientes.

A un gesto de ellos Hassan replicó afirmativamente. El cuerpo del piloto fue arrojado al vacío. Al chocar contra las aguas sonó un seco chasquido.

Luego sucedió algo horrible. El cadáver flotó normalmente por espacio de varios minutos; y en un abrir y cerrar de ojos se desgarró en mil pedazos como descuartizado por una jauría de perros rabiosos que se disputasen la presa. Cada uno de los fragmentos siguió la misma suerte hasta convertirse en invisibles residuos. En una considerable extensión de mar se produjo algo parecido a una tromba. Rugiendo, crepitando y en una indescriptible confusión de torbellinos, las aguas dieron la sensación de querer escapar de su lecho. Tardó bastante tiempo en renacer la calma. Tanto como necesitó el grupo de facinerosos en salir de su estupefacción.

—¡Diablos! No debe ser muy agradable caer ahí. —Spinola se limpió el sudor de la frente.

Jane intentó retroceder pero sus piernas flaquearon. Se asió al brazo de Matews.

—¡Es horrible! —gimió temblorosa—: ¡No lo hagas, Hassan! ¡Esas aguas nos traerán la maldición! ¡Regresemos pronto a la Tierra!.

Hassan permanecía como hipnotizado. La voz de Jane le sacó de su ensimismamiento. Tenía las facciones pálidas y los labios cenicientos.

—No digas tonterías, Jane —murmuró—. Éste es el poder más grande que la Tierra conocerá. Todas las naciones se rendirán a nuestros pies. ¡Manos a la obra, muchachos! Descargad la grúa...

Sujeto por un fuerte cable de acero, el primer recipiente descendió rozando casi las paredes del acantilado. Al entrar en contacto con el mar renació otra vez el anterior crepitar.

—¡Van a devorarlo también! —exclamó Spinola— ¡El cable no

resistirá!

—Me parece improbable —respondió Hassan asomándose cuidadosamente para comprobar si el recipiente se había llenado—. El acero es infinitamente más resistente que la roca. ¡Izadlo ya! ¡Cuidado...! Da una sacudida al cable, Matews... Es preferible que el barril no se llene sino en sus tres cuartas partes... ¡Eso es, ahora a la izquierda! Despacio. Spinola... ¡Bien, ya está! Apártate, Jane...

Renato Spinola hizo maniobrar la grúa a fin de que el recipiente se posara con suavidad en el suelo.

Una vaharada irresistible de descomposición impregnó el aire. Matews, que se hallaba más cerca, se tambaleó presa de un vahído.

—¡Pronto, Matews! —demandó Hassan—. ¡Coloca la tapa...!

El aludido realizó un esfuerzo sobrehumano para vencer la repugnancia. Con febril pulso encajó la tapa y la enroscó hasta quedar herméticamente ajustada. Después, la grúa volvió a levantar el barril y lo trasladó al interior del tractor.

La operación se repitió análogamente con los otros dos recipientes. Matews y Spinola se acomodaron en el vehículo partiendo de nuevo hacia la astronave. Regresaron trayendo tres barriles más.

Durante gran parte de la noche, el grupo llevó a cabo la siniestra labor de aprovisionamiento. Cuando, por fin, ésta hubo concluido, Hassan se apercibió de la ausencia de Jane.

—¿Habéis registrado bien todos los compartimientos? —preguntó a Spinola que surgía en aquel momento de la cabina del piloto.

El italiano asintió en silencio.

—Ya volverá —dijo Matews mirando con aprensión la enorme hilera de barriles que se alineaba en la cámara de combustibles—. Me pareció oírle decir que tenía la cabeza a punto de explotar. No me extraña que fuera a respirar un poco de aire puro. Esa peste no hay quien la resista.

—Esa peste vale lo que todo el oro del mundo —comentó Hassan

—. ¡Cuántos darían la mitad de sus vidas por poseerla!

Renato Spinola tomó asiento y encendió un cigarrillo.

—El trabajo principal terminó —declaró—. En esa cámara hay cerca de diez toneladas de agua viviente. Pero ahora viene lo bueno. ¿Quién se encargará de pilotar la astronave? Recuerdo que dijiste que no nos preocupáramos de un detalle tan insignificante. Yo no me preocupo; sin embargo, me agradaría conocer tus planes.

Hassan sonrió.

—El encargado de conducir la astronave a la Tierra será el piloto de Drummond o el mismo Drummond.

Matews dio un respingo.

—¿Te asombras? —la voz de Hassan adquirió un retintín sardónico.

—Me pregunto cómo te las arreglarás para conseguirlo —dijo Matews—. Quizá a estas horas, Drummond esté preparando las maletas para largarse.

Spinola se movió con intranquilidad.

—Eso digo yo también —corroboró—. Fías demasiado en tu suerte.

Hassan recargó el matiz irónico de su sonrisa.

—Drummond no se irá de Venus sin tratar de averiguar quien se cargó a uno de sus hombres. No olvidéis que ante todo es un policía.

En las caras de los dos secuaces se pintó el alivio. Sin embargo, el desasosiego nervioso de Spinola no cesó.

—No me tengo por miedoso, Hassan —dijo—. Tú lo sabes bien. Pero tengo curiosidad por conocer cómo libraremos la batalla. Nosotros somos tres nada más. Jane no cuenta.

—Os lo explicaré. A ver ese mapa, Chuck. —Hassan extendió el pliego sobre la mesa y señaló un punto—. Dijiste que Drummond tenía su campamento aquí, ¿no es cierto?

Chuck Matews asintió.

—Pues bien —continuó Hassan—. Creo recordar que el lugar está resguardado por elevadas rocas. Antes de que amanezca situaremos en lo alto de una de ellas un barril de agua viviente conectado a un dispositivo de largo alcance. Luego nos enfrentaremos a Drummond. Y si se niega a prestarnos su piloto...

—Comprendido —declaró Spinola—. Despeñaremos el barril sobre el campamento.

—Con ligeras variantes, ése será el plan.

—Variantes, ¿de qué índole? —quiso puntualizar Matews.

—Será cosa de estudiarlo más detenidamente —contestó Hassan —. De momento basta saber que nadie de la expedición de Drummond deberá quedar con vida. Nadie excepto el piloto o el propio Drummond. Luego, al llegar a la Tierra, nos encargaremos de él también.

Spinola consultó el reloj.

—Jane no regresa —dijo—. Será cuestión de buscarla.

—¿Temes que le haya ocurrido algo? —inquirió Matews.

El italiano meneó la cabeza dubitativamente.

—Nunca me gustó que viniera con nosotros. Las mujeres se pintan solas para complicar los problemas. Imaginad que se haya perdido.

Una luz siniestra brilló en los oscuros ojos de Hassan.

—¿Alguno de vosotros lloraría su pérdida? —preguntó.

Matews sonrió con una mueca de complicidad.

—Siempre dije que eres un chico inteligente, Hassan —comentó pavoneándose por haber captado la intención de su jefe.

—Pero no tendremos tanta suerte —objetó el propio Hassan—. Jane aparecerá. Y entonces tendremos que hacerla desaparecer... para siempre.

CAPÍTULO VI

¡HASSAN NECESITA UN PILOTO!

La exploración aérea no dio el resultado apetecido. Los bosques eran demasiado espesos y bajo ellos podía ocultarse no ya una astronave sino ciudades enteras.

En vista de ello, Ted Drummond organizó una batida que también fracasó.

Estaba avanzada la noche; tres horas más tarde amanecería. Sophie dio muestras de cansancio. Se cogió del brazo de Charles Javin e intentó disimularlo, pero Ted se apercibió.

—Descansaremos aquí —ordenó al tiempo que se detenía—. Falta un buen trecho aún para llegar a la astronave.

—¿Como cuánto? —inquirió Jetheroe Benchley.

Drummond consultó su localizador de pulsera.

—Un par de kilómetros —contestó.

—Poca cosa —Benchley hizo ademán de continuar—. Media hora aproximadamente.

Drummond negó con la cabeza.

—Éste es un buen sitio para acampar. Al amanecer regresaremos. No me agradaría perderme.

Javin se apoyó lánguidamente sobre el tronco de un formidable árbol.

—Coincido contigo —declaró—. Los dos kilómetros se convertirían en una docena por lo menos. No he visto en mi vida laberintos más complicados.

La decisión de Drummond fue acatada. Poco después todos dormían.

Ted se despertó sobresaltado. Creía haber sido víctima de una

pesadilla pero los sentidos no le engañaron. Algo sobrenatural sucedía; algo que al principio no supo definir ni explicarse. Miró a su alrededor intrigado. Al débil fulgor de las estrellas todo aparecía en calma. Vio los cuerpos en reposo de Sophie Kasvin, Jetheroe Benchley y Charles Javin. La muchacha, recostada sobre una mullida capa de helechos, respiraba plácidamente y sus facciones tenían una ternura que recordaba la angelical expresión de una niña. Sin saber por qué, Ted se sintió conmovido. Quizá fuera debido a la inquietante sensación de peligro que flotaba en el ambiente.

Drummond se puso en pie. Extrajo del cinto la pistola y dio unos cuantos pasos tratando de averiguar la causa de su repentino desvelo.

A unos cincuenta metros de ellos comenzaba el bosque. El imponente y majestuoso sombreado de los árboles se recortaba difusamente en la penumbra de la noche.

No se movía un hálito de aire. Reinaba una tibieza casi cálida. Ted volvió a tenderse en el suelo. Intentó convencerse de que sus aprensiones eran infundadas. Cerró los ojos y procuró reanudar el sueño.

De pronto cayó en la cuenta de lo que ocurría. No podía ser otra cosa. *El silencio se oía...* No era un murmullo más o menos uniforme ni un sonido característico. No. Aquel susurro continuado era el mismo silencio, acentuado, preñado de vitalidad. Algo muy semejante a la acorde respiración de millones de seres ocultos.

Un escalofrío recorrió su espinazo. Ted no era cobarde y fuera de toda presunción, estaba convencido de ello. Pero ahora tenía los miembros paralizados por el terror. Sintió sus axilas empapadas de sudor y la boca reseca.

Por un momento estuvo a punto de despertar a sus compañeros. Necesitaba escuchar sus voces, compartir los temores, identificar sus sensaciones. Se retuvo pensando únicamente en Sophie. Ella no debía sorprenderle en tal estado de ánimo. Un hombre excitado por el miedo no era un espectáculo ilusionador a los ojos del ser amado.

Nunca hasta entonces anheló tanto el amanecer. Consultó el reloj

y efectuó un rápido cálculo mental. Faltaban aún dos horas para la aparición del Sol.

El misterioso susurro se acentuó. A la memoria de Ted acudió una espeluznante imagen, creada por su propia fantasía. Le parecía estar viendo el sinuoso avance de una compacta masa de reptiles. Estaba seguro de que esta visión de pesadilla concordaría exactamente con lo que sus oídos captaban. Era una absurda asociación de ideas pero se había adherido a su mente hasta tal punto que jamás podría desligarla de ella.

Se dijo para tranquilizarse que Venus era un mundo deshabitado. Aparte del Mar Negro, no existía la menor muestra de vitalidad animal. La muerte de Jake Atartuk era una incógnita de otra índole. La procedencia del puñal hallado en su corazón era terrestre, lo que hacía suponer en un misterio más tangible y real que el que ahora se cernía sobre ellos.

Transcurrió media hora que a Ted se le antojó una eternidad. El inexplicable murmullo, lejos de extinguirse, continuaba produciéndose cada vez más palpable, con más siniestras resonancias.

El cansancio le rindió. Inconscientemente, un adormecedor letargo se apoderó de él.

Un grito desgarrador le devolvió a la realidad. De un salto se puso en pie. Casi inmediatamente cayó al suelo vencido por el aplastante peso de una masa pegajosa y caliente que se aferraba a su cuerpo impidiéndole casi la respiración. A través de un revoltijo de tentáculos vio a Sophie debatiéndose inútilmente entre la espesa red de unas formas alargadas y contráctiles. Sus gritos resonaban angustiados y cada vez más débiles.

Ted luchó con todas sus fuerzas por desembarazarse del monstruo que le atenazaba. Sus dedos se agarrotaron sobre los elásticos y calientes tentáculos Algunos crujieron al ser desgarrados y partidos. Una savia viscosa le impregnó las manos. Pero sus esfuerzos resultaron vanos. Aquel horrendo ser parecía tener mil brazos. La presión que ejercía contra él no era suficiente para lograr la

escapatoria.

En otro atisbo fugaz contempló a Benchley y Javin luchando en las mismas condiciones que Sophie. La superficie del suelo estaba cubierta de tentáculos entrelazados, amontonados unos sobre otros, deslizantes cual látigos vivientes, ora surcando el aire, ora azotando a los cuerpos de los terrestres.

Ted se apercibió, en medio de su desesperado debatir de que aquellas formas alargadas y verdes no correspondían a animales de ninguna especie. ¡Eran lianas!... ¡Lianas interminables, procedentes del bosque próximo! ¡Lianas inteligentes que tenían el grosor de las serpientes pitones!

Una de las lianas estrujó su cintura de forma tal que no pudo evitar lanzar un grito. Instantáneamente, la presión cesó. Ahora sintió su garganta rodeada. Sus manos se aferraron sobre la resbaladiza superficie vegetal. Un suspiro de alivio brotó de sus labios al sentirla quebrada. Ensayó a repetir los gritos. Como por arte de magia notó que los tentáculos aflojaban su fuerza.

Inesperadamente sonó un agudo chillido proferido por una mujer. Ted se revolvió dificultosamente para mirar a Sophie. Pero ésta no había sido. Yacía inerte, desmadejada, cubierta de lianas. Sólo tenía libres la cabeza y los pies.

Atónito, Ted desvió la mirada a su izquierda. Entonces vio a Jane. Estaba con los ojos desorbitados, los puños cerrados a la altura de la boca y se tambaleaba víctima del espanto. Sus desgarradores gritos ponían una nota infernal en la escena.

Drummond reunió sus últimas fuerzas y con varios bruscos manotazos apartó de sí las lianas. Éstas cayeron a sus pies y se replegaron en dirección al bosque.

Echó a correr hacia Sophie. Al pasar junto a Jane exclamó:

—¡Continúe gritando! ¡No pare ni un segundo! .

La aterrada mujer obedeció redoblando sus ímpetus vocales.

Entonces sucedió el milagro. ¡Las lianas interrumpieron su labor

atacante e indefensas, hostigadas por los gritos estentóreos de Ted y Jane, abandonaron sus presas!

En menos de un minuto el terreno quedó limpio de ellas.

Sophie se incorporó ayudada por Ted. Su expresión era la misma que si acabase de salir del infierno. Le temblaban los labios y la barbilla. Sus manos se asieron al cuello de Ted.

Intentó hablar pero de su boca sólo salió un murmullo ininteligible.

—¡Ya pasó todo! —animó Drummond mirándola dulcemente a los ojos—. ¡Pobre pequeña! ¡Pasaste un buen apuro...

—¡Oh, Ted! —consiguió balbucir ella—. ¡Fue horrible!

Benchley y Javin, repuestos también de la anterior odisea, acudieron junto a ellos. Ya no se acordaban de Jane.

—¿Quién de ustedes es Drummond?

Se presentó Ted. Lo inverosímil de la situación se le pasó por alto. Habían atravesado por un peligro que privaba a la mente de todo raciocinio normal. Encontrar en un planeta deshabitado a una mujer terrestre era algo que escapaba a toda comprensión. Sin embargo, la expresión de Drummond no mostraba el menor desconcierto.

—Gracias, señorita...

—Jane, Jane Morgan —completó ella.

—En nombre de todos, muchas gracias —repitió Ted—. Nos salvó usted la vida.

Jane enarcó las cejas en una mueca de incomprensión.

—¿Qué yo les salvé la vida? —inquirió—. ¿A qué se refiere, señor Drummond?

Ted señaló el bosque.

—Esas plantas que nos atacaron son sensibles a los ruidos —explicó—. Ignoro la razón pero el caso es que a nuestros gritos huyeron. Me di cuenta cuando usted comenzó a chillar. Pero ¿de dónde salió, señorita Morgan?

Jane miró a todos los del grupo, y en especial fijó su atención en Sophie. Se había tranquilizado un tanto e incluso llegó a sonreír cuando respondió:

—En primer lugar debo decirle que no soy un fantasma...

—Seguro que no —interrumpió el cansino Javin recorriendo con su mirada las líneas de la joven—. Nunca vi un fantasma tan... tan oportuno —completó rectificando lo que iba a decir.

Ella se lo agradeció con la expresión.

—Me obligaron a venir a Venus —explicó—. Y me he escapado para avisarles a ustedes del peligro que corren.

Drummond alzó las cejas.

—¿Qué clase de peligro? —preguntó.

—Quieren matarles. Mis compañeros de expedición son gángsteres de la peor calaña. Han venido a llevarse agua viviente.

El asombro cundió en el grupo. Jane refirió brevemente los propósitos de los forajidos.

—¿Quién es el jefe de la banda? —inquirió Drummond.

—Douglas Smith —mintió Jane—. Él fue quien mató a su amigo. ¿Era por casualidad, el piloto?

Javin denegó con la cabeza.

—El piloto soy yo —dijo modestamente.

Jane le escrutó fijamente.

—Menos mal. Hubieran pasado un buen apuro en el caso contrario.

—¿Por qué huyó, señorita Morgan? —preguntó Drummond receloso.

—Llámeme Jane —la joven sonrió amistosamente

—Bien, Jane, ¿por qué huyó? —volvió a preguntar Ted.

—Ellos me asesinarían también. No hace falta ser muy lista para

adivinarlo. Constituyo un estorbo peligroso. Uno de los hombres de Douglas localizó el campamento de ustedes. Yo me enteré y me dije que jamás tendría otra ocasión de escapar y advertirles al mismo tiempo de sus propósitos.

Drummond esbozó una mueca irónica.

—Ha hecho un mal negocio, Jane —comentó—. Con nosotros no podrá ir muy lejos. Ni siquiera a la Tierra.

—¿Qué quiere decir, Ted? —la incomprensión y el temor se reflejaron en el agraciado semblante de Jane.

—Nuestra astronave está estropeada —contestó Ted.

—¿Sin posibilidades de arreglo?

—Exactamente.

—¡Pero... pero eso es terrible! ¡Y lo dice usted tan tranquilo! —De pronto las facciones de Jane se animaron—. ¡Ah, ya! Podrán, sin duda, avisar a la Tierra de lo que les sucede.

Ted volvió a sonreír.

—Tampoco. La radio no funciona.

—¿Entonces...? —el nerviosismo se apoderó de Jane

—Entonces tendrá usted que luchar a nuestro lado para conseguir la astronave de ese tal Smith.

Jane hizo un signo de asentimiento. A pesar de todo, la solución no pareció agradarle demasiado.

Hubo una larga pausa. Las primeras claridades del amanecer comenzaron a amortiguar el velo de las tinieblas. Soplaba ahora un airecillo húmedo y pegajoso que por su desagradable aroma debía provenir del Mar Negro.

Drummond se acarició la barbilla pensativamente.

—Hay algo que no me explico —dijo—. ¿Cómo pudo usted localizarnos? Nuestro campamento está a dos kilómetros de aquí.

Ella no se desconcertó.

—Allí iba; pero oí sus gritos y eché a correr en esta dirección. Creo que también escuché la voz de la señorita Kasvin.

Drummond recordó que así había sido en efecto. Con un gesto se dirigió a sus compañeros.

—Bueno, muchachos, ¿qué os parece si regresamos? Tenemos que trazar proyectos. Las cosas han cambiado. ¿Está usted dispuesta, señorita Kasvin? —Ted aludió al cansancio anterior de Sophie.

Sophie asintió con un gesto.

—¿Y usted, Jane? ¿Viene con nosotros? No le garantizo ninguna seguridad personal.

—He jugado mis cartas —contestó Jane—. Si pierdo, mala suerte.

—Adelante, pues.

Se reanudó la marcha a través del bosque. Después de la odisea de las lianas ninguno escapó al temor de ser atacado nuevamente. Aquellos árboles, las gigantescas ramas entrelazadas, los helechos, las flores y hasta la misma hierba parecían emanar un siniestro peligro. Venus era una paradoja. No existía en el planeta vestigio de vida animal; sin embargo, el mundo vegetal y las aguas poseían una vitalidad asombrosa. La inteligencia se repartía en las más absurdas formas. Una inteligencia voraz e insaciable dotada de instintos mortíferos.

Jane se atrajo a Charles Javin. Y a éste no le desagradó la atractiva compañía. Caminaban bastante y la muchacha no perdía ocasión de apoyarse continuamente. Su maliciosa sonrisa era un arma infalible.

Una de las veces se detuvo con expresión de cansancio.

—Continúe usted, si quiere —dijo secándose el sudor de la frente con el antebrazo—. Yo les alcanzaré un poco más tarde. No puedo

con mi alma.

—No tenemos prisa —dijo—. Esperaré a que usted se reponga.

—¿Sabremos ir después?

El piloto mostró su reloj de pulsera.

—Llevo un «localizador» conectado con la astronave —explicó.

Jane sintió curiosidad por saber cómo funcionaba el mecanismo. Javin le instruyó, refiriéndole además la búsqueda de Jake Atartuk por medio del mismo.

—Es interesante —murmuró ella contemplando el saetero—. No sabía que existiera este instrumento.

—Fue inventado recientemente. Sólo se utiliza en astronáutica y es de suma utilidad.

Jane puso en orden sus negros cabellos en un gesto de coquetería. Luego levantó la vista y miró fijamente a Javin.

—Su jefe no parece haberse alegrado mucho con mi presencia —dijo—. Es un chico raro ¿no?

—Drummond es un excelente camarada. Y en cuanto a lo que le gusta y lo que no, es difícil averiguarlo. No es muy expresivo y además ahora se halla preocupado por diversas causas.

—¿Y usted? —Jane sonrió provocativamente—. ¿Qué opinión tiene de mí?

Javin se recostó en el tronco de un árbol y jugueteó con una de sus ramas.

—Es guapa y tiene buen tipo —decidió escuetamente.

—Todos dicen que estoy demasiado gorda.

Javin rió indolentemente. Le divertía aquella escena más por lo inesperada que por su índole.

—Eso depende de los gustos —dijo—. A mí no me desagradan las mujeres de su figura.

—Lo celebro. Usted tampoco está mal.

—Ya lo sé. Lo he oído decir muchas veces.

Esta vez fue Jane quien rió de buena gana.

—La modestia no es una de sus virtudes —declaró acercándosele—. ¿Tiene novia?

—¿Va a conquistarme, Jane? —preguntó Javin imperturbable.

—Me gustaría encontrar un marido como usted. Y más aún en Venus. Es el lugar más romántico para los enamorados.

Javin la miró a los ojos. Pero aquellos ardientes ojos negros no decían la verdad. Sin ser un experto en mujeres, el piloto se apercibió de que estaba siendo objeto de un juego. ¿Motivos? Inconscientemente se encogió de hombros.

En ese instante, Jane crispó sus facciones y su mirada aterrorizada se desvió hacia un lugar situado a espaldas de Javin.

El piloto cayó en la trampa. Raudo como una centella se giró. Jane aprovechó la ocasión y en un rápido movimiento le despojó de su revólver.

—¡Quieto, si estima su vida! —ordenó al estupefacto Javin—. ¡Deme el reloj! ¡Apretaré el gatillo si abre usted la boca!

Javin se quitó el reloj entregándoselo a la mujer. Sus varoniles facciones reflejaban el desconcierto.

Jane tomó el mecanismo y lo arrojó con fuerza al suelo. Luego lo pisoteó hasta destrozarlo por completo.

—Ahora venga conmigo —decretó Jane con voz acerada—. Vuelvo a repetirle que si comete una tontería lo pagará con su sangre. Y no se equivoque conmigo. No soy de las que se echan a temblar cuando matan a un hombre.

—¿Qué... qué pretende de mí? —balbuceó Javin sin salir de su aturdimiento.

—Hassan necesita un piloto —explicó Jane con un rictus triunfal

en sus rojos labios—. Y usted es el único que hay en Venus. Creía que iba a hacer una conquista ¿eh? —El tono mordaz de la joven se acentuó—. Otra vez se andará con más cuidado. Si esa otra vez llega algún día...

CAPÍTULO VII

CARA A CARA

Las aguas del mar viviente parecían aquella madrugada estar más agitadas que nunca. Desde donde se hallaban Ted Drummond y Sophie se oía perfectamente el sordo batir de sus olas contra los acantilados. El aire estaba impregnado de mil sutiles aromas, todos ellos matices de podredumbre y descomposición. Los densos nubarrones negros se deslizaban rápidos por el cielo impulsados por un ventarrón frío y desapacible. Era una madrugada de siniestros augurios.

Ted, sentado en un taburete a unos veinte metros de la astronave «Kandevan», sostenía entre sus manos el moderno rifle de repetición. Un arma poderosa que disparaba cien balas atómicas por minuto. Sus varoniles facciones componían una máscara inescrutable. Deliberadamente evitaba la mirada de Sophie, adivinando en ella un mundo de rencores y recriminaciones. El silencio se hacía por instantes insostenible.

Por fin estalló la tormenta. Sophie comenzó a sollozar.

—Estás arrepentida de haber venido ¿verdad? —preguntó Ted en tono sumiso.

La muchacha se mordió los labios y miró a Drummond a través de las lágrimas. Empero su semblante era sereno.

—Moriremos todos, Ted —murmuró entre dientes—. Este planeta está maldito...

—Ya te lo advertí a tiempo —Ted le ofreció un cigarrillo y tomó otro para sí—. Pero tenías un pasaporte en regla y esto valía más que

todos mis consejos.

—Mi padre murió aquí. Tenía que averiguar lo que le ocurrió. Era mi deber, ¿no lo comprendes?

—Me hago perfecto cargo —Ted acercó su taburete al de ella—. Sin embargo, la tarea no era la más propia para una mujer. Me enviaron a mí a los efectos de una investigación. No te critico, Sophie, pero ahora debes sufrir las consecuencias.

Por un momento, Drummond se arrepintió de la dureza de sus palabras. Temió la reacción histérica de la joven. Pero ya era tarde para rectificar.

—Sufriré cuanto haya que sufrir —dijo Sophie. Un destello de odio brilló en sus ojos—. Tú no tienes la culpa de haber sido elegido para esta misión.

Ted alzó las cejas contrariado.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —Sophie rehuyó la mirada de él.

—Insinúas que he fracasado, ¿no es cierto?

—¿Hace falta insinuarlo? ¿Es tan mezquina tu mente que no lo reconoce?

Drummond bajó la cabeza.

—Tienes razón. He fracasado. Tuve la culpa de que un meteorito destrozase el espejo solar y el equipo de transmisión; y también de que Atartuk fuese asesinado. Fui el que trajo a Venus a los gángsteres, provoqué el ataque de las lianas e hice que Javin fuera objeto de una celada. Verdaderamente tienes motivos para odiarme y despreciarme.

—Pero tú te alegras, Ted —la voz de Sophie sonó metálica y estridente—. Eres un policía y no obstante parece que cada vez nos precipitas en un abismo más profundo. No te he visto tomar una iniciativa que no fuera condenada de antemano al ridículo. Deseas que nos quedemos eternamente en Venus, que nos pudramos en este

maldito mundo...

La sorpresa desconcertó a Drummond.

—Estás histérica, Sophie —declaró tras una corta pausa—. Si no fuese así te abofeteaba.

La muchacha se levantó airada.

—¡Histérica porque digo las verdades! —exclamó—. ¡Porque me doy cuenta de tus intenciones! ¡Porque leo los pensamientos que ocultan tus inútiles acciones!

Ted se puso en pie. Sus ojos llameaban de indignación.

—¡Pero qué diablos estás diciendo! ¿A qué intenciones y pensamientos te refieres? ¿Cómo puedes imaginar que deseo el fracaso? ¿O es que piensas que no estimo la vida tanto como tú?

Sophie sonrió mordaz.

—¡Estás celoso, Ted! Tu egoísmo es tan grande que prefieres verme muerta antes que casada con otro hombre. Eso es lo que te hace obrar así. Me odias a mí y odias a Hassan. Nunca has admitido la idea de que me pudiera enamorar de otro hombre. Me juzgabas una presa fácil y ahora tienes los triunfos en la mano. ¿Por qué no me has asesinado? ¿Por qué no lo haces? ¡Nadie se enterará! ¡Dirás que he sufrido un accidente y entonces sí lucharás por tu vida! ¡Pero antes que salvarme yo prefieres la muerte de todos, incluso la tuya! ¡No seas cobarde, Ted! ¡Tienes el fusil en la mano! ¡Ahórrame el suplicio de verte a todas horas y despreciarte cada vez más!

Por dos veces la diestra de Drummond abofeteó las mejillas de Sophie. No fue un impulso impremeditado ni dictado por el rencor. Era la medicina para una crisis de histerismo.

Sophie retrocedió con el semblante crispado por el dolor y la rabia. Durante unos segundos pareció que iba a arremeter contra Ted, pero su violento acceso se convirtió en una reacción más femenina. Un llanto desconsolado la invadió. Con la cara entre las manos se sentó nuevamente en el taburete.

Ted se le aproximó con expresión apenada.

—¡Amor mío! —la cogió por las muñecas hasta destapar su rostro —. Te hice daño, ¿verdad? ¡Perdóname! ¡Mírame a los ojos, Sophie! ¿Cómo puedes imaginar esas cosas tan horribles? Es cierto que estoy enamorado de ti. ¡Te adoro, chiquilla, pero no me siento celoso! Deseo más que tú el regreso a la Tierra. Y quiero que seas muy feliz con Hassan.

Sophie se dejó dócilmente secar sus lágrimas por el pañuelo de Ted. El candor de su mirada revelaba que la crisis había cesado.

—Lo siento, Ted —murmuró a duras penas—. No debiste consentir que viniera. Soy un estorbo para todos vosotros...

—No digas eso, Sophie. —El cambio experimentado por la muchacha produjo a Ted una honda emoción—. Se desataron tus nervios y eso es todo. Verás cómo en adelante las cosas van mejor. Aún no hay nada perdido.

—¿Crees... piensas que podremos regresar a la Tierra? —A través de sus lágrimas Sophie sonrió esperanzada.

—Escúchame, pequeña. —Ted tomó asiento a su lado y cogió una de sus delicadas manos—. Nuestra astronave está inutilizada, eso hay que descartarlo. Pero Dios nos ha enviado otra. Esos forajidos que tanto te inquietan no son sino auxilio de la Providencia. Es cierto que hemos tenido varios tropiezos. Soy el primero en lamentarlo. Sin embargo, nuestra misión ha concluido. Sabemos cuál fue la causa de la muerte de tu padre. Es penoso admitirlo, pero él no conocía exactamente el poder de las aguas vivientes. Quiso efectuar un experimento y, según muestran los restos de su nave, le sucedió lo mismo que a mi padre. Ahora, nuestra preocupación es una sola. Regresar. Independientemente, mi obligación como policía sideral es capturar a Douglas Smith y los suyos. Pero ésa es una tarea fácil. No más regrese Benchley nos dedicaremos a ella. Poseemos recursos infinitamente superiores a los de los gángsteres. Te doy mi palabra de honor de que dentro de una semana te habrás reunido con Hassan...

Sophie puso su mano en los labios de Ted impidiéndole

continuar.

—Por favor, Ted —suplicó—. Sé que dices la verdad, pero no te preocupes por mí. Si es preciso sabré morir ayudándote. Y moriré a gusto junto a ti. Siempre fuimos buenos amigos. ¿Querrás seguir siéndolo?

Ted no pudo contenerse. La expresión del adorable semblante de ella y su infantil petición anularon su poder de raciocinio. Asiéndola delicadamente de la cintura depositó un beso en sus cálidos labios.

Instantáneamente se arrepintió. Sus mejillas se tiñeron de grana y un nudo se le hizo en la garganta.

—Perdóname, Sophie... No supe lo que hice...

La joven no contestó. Lentamente se encaminó a la portezuela abierta de la astronave.

Jetheroe Benchley llegó media hora después, cuando el sol comenzaba a elevarse sobre el horizonte teñido de densos cúmulos parduscos. Su respiración era agitada y su cabellera aparecía en completo desorden.

—¡No los encontré! —exclamó dejándose caer en uno de los asientos del compartimiento principal de la nave—. ¡Buena celada le tendieron a Javin! ¿No te diste cuenta, Ted?

—¿Cuenta de qué? —inquirió Drummond malhumorado.

—Esa tal Jane preguntó quién de nosotros era el piloto —replicó Benchley—. Sin duda necesitaban uno para el viaje de vuelta. No sé dónde vamos a ir a parar. Primero Atartuk, luego Javin y ahora... ¡Endiablada suerte la nuestra! ¿A quién le tocará el turno después?

—A nadie, Benchley —contestó Ted gravemente—. No perdamos la calma... ni el tiempo.

—A propósito de tiempo —intervino Sophie—. Está empezando a llover. ¿No les sugiere nada esto?

Los dos hombres la miraron intrigados. De repente Drummond se dio una palmada en la frente.

—¡Claro que sí! —exclamó—. ¡Las nubes son negras! ¡Lloverá agua viviente! ¡Tenemos que huir de aquí!

Benchley clavó su vista en el exterior. Gruesos goterones caían distanciados, prólogo de la tormenta que se aproximaba. Por el momento, la lluvia era transparente y no producía efectos aparentes al caer sobre el plástico de la tienda de campaña. Pero nadie sabía lo que sucedería a continuación.

Drummond, Benchley y la joven salieron precipitadamente de la astronave. Presos del nerviosismo procedieron a desmontar la tienda. La lluvia arreciaba por instantes y un irresistible olor a carroña flotaba en el ambiente.

Inesperadamente se oyó un sordo golpe en las alturas.

Fue Sophie la primera en darse cuenta del horrible peligro que se les echaba encima.

Su sobresalto le impidió hablar, más el incoherente murmullo que salió de sus labios resultó expresivo a más no poder.

Paralizados por el asombro contemplaron el raudo y zigzagueante deslizar de un enorme barril por la casi vertical ladera que constituía el más elevado saliente montañoso que les rodeaba. A mitad de su recorrido, el recipiente rebotó en un grueso guijarro y salió proyectado en dirección a los terrestres.

Pero antes de alcanzarles, el barril se estrelló contra una pared rocosa próxima. Al quebrarse en mil fragmentos, un líquido negro y brillante se desparramó en todas direcciones.

Rápido como el pensamiento, Ted Drummond arrastró a sus compañeros hacia la astronave. La breve carrera revistió caracteres alucinantes. A cada instante temían sentir en sus carnes la mortífera mordedura del agua viviente. Una serie de secos chasquidos mezclados con espeluznantes silbidos rasgó el aire por encima de sus cabezas.

Entraron los tres a la vez en la astronave. Drummond cerró la portezuela y respiró aliviado.

Con los ojos desorbitados por el espanto, Sophie señaló la tienda de campaña a través del mirador. Sólo quedaba de ella y sus utensilios irreconocibles restos metálicos. El suelo hervía a su alrededor y una humareda acre se extendió en torno al campamento.

Drummond puso en marcha los motores de la astronave. Desconocía los efectos que el agua podía causar en ella, pero juzgó imprescindible la huida.

Unos segundos más tarde, la «Kandevan» se elevaba verticalmente abandonando aquel maldito lugar. El fortísimo resplandor de un rayo y un horrísono trueno se sucedieron casi simultáneamente. La estructura metálica de la astronave crujió por la proximidad del fenómeno eléctrico.

Con todo el impulso de los doce motores de reacción, la «Kandevan» describió una trayectoria elíptica que la alejaba de la tormenta.

Fuera ya del área peligrosa, Sophie y Benchley se desataron los cinturones de seguridad y acudieron junto a Drummond.

—¡Nos hemos salvado de milagro! —suspiró la muchacha posando una de sus manos en el hombro de Ted en un familiar ademán—. Estuviste oportuno de verdad.

—Aún estaría allí de no haber sido por ti —declaró Jetheroe—. No sé qué fue lo que me clavó los pies en el suelo. Supongo que el miedo...

Drummond sonrió.

—Todavía no se me ha quitado a mí —replicó—. Douglas Smith anduvo listo esta vez.

—¡Maldito canalla! —clamó Benchley cerrando con fuerza los puños—. ¡Nos las tiene que pagar todas juntas! ¡Estropeó todo mi material de investigación!

—Efectivamente trabaja deprisa —concedió Drummond sin desviar la mirada del cuadro de mandos—. Despeñó el barril de agua viviente valiéndose seguramente de un dispositivo de largo alcance.

Imaginó que nos cogería desprevenidos.

—Poco le faltó —terció Sophie.

—Gracias a que comenzó a llover. Si no llegamos a salir de la astronave a replegar la tienda, el agua la habría destrozado cogiéndonos dentro. No quiero ni pensarlo...

—No creo que sus efectos sobre el metal fueran tan desastrosos —objetó Jetheroe.

—Pasas por alto que dos terceras partes de la astronave están constituidas por material plástico —Drummond meneó la cabeza—. No, Benchley, fue una bendición que empezara a llover. Dios no nos ha olvidado aún.

Sophie se estremeció. Fue a hacer un comentario, pero interrumpiéndose exclamó:

—¡Cielos, Ted! ¡Veo una astronave! ¡Está justamente detrás de nosotros!

Jetheroe confirmó igualmente excitado la afirmación de Sophie.

Drummond ejerció una variación en el rumbo y se encaró directamente con la dirección señalada.

Era cierto. De entre un macizo arbolado había surgido una astronave que volaba a muy corta altura, por encima, sin embargo, de la negra formación nubosa.

—¡Es Douglas Smith! —dictaminó Ted—. ¡Huye también de la tormenta!

Jetheroe se rascó la cabeza desesperadamente.

—Es una astronave comercial —dijo—. No lleva armamento de ninguna clase. ¡Qué fácil resultaría derribarla!

Drummond soltó una maldición.

—¡Si supiéramos que Javin no va con ellos!

Sophie acentuó la presión de sus dedos sobre el hombro de Ted.

—¿Cómo podríamos averiguarlo? —inquirió.

—De ninguna manera —contestó Ted entre dientes.

—¡Hemos perdido la partida, Ted! —masculló Benchley—. ¡Esos malditos regresarán a la Tierra! ¡Y nosotros no podemos seguirlos!

Drummond tardó algunos segundos en hablar. Cuando lo hizo una expresión enigmática se extendió por su rostro.

—Pero Douglas no lo sabe —dijo—. Creerá que...

—¡No...! —el chillido de Jetheroe sonó preñado de angustia—. ¡Le dijiste a Jane que nuestra nave estaba inutilizada!

Un sudor frío empapó la ropa de Drummond. No había caído en aquel detalle delator.

No obstante una nueva esperanza asomó a sus sombríos pensamientos. Con la vista fija en la astronave enemiga, que ahora volaba delante de ellos a un par de millas de distancia, manipuló los aceleradores y dio la máxima presión a los gases del combustible.

La voz dulce y cariñosa de Sophie rompió el silencio.

—No te preocupes demasiado, Ted —aconsejó—. De cualquier forma que acabe esto, tú has hecho todo lo posible por triunfar en tu misión. Déjalos que se marchen. Tarde o temprano vendrán a por nosotros. En la Tierra no nos olvidan.

—Estoy pensando otra cosa —dijo—. A esos forajidos no les interesa huir sabiendo que estamos vivos. Un día u otro, como has dicho, regresaremos y entonces estarán a nuestra merced.

—¿Insinúas que volverán a aterrizar? —quiso saber Jetheroe.

—Eso espero. Por el momento volaremos junto a su astronave, y haremos algunos disparos también.

La persecución revistió un carácter más acusado cuando la astronave del supuesto Douglas Smith se remontó hasta volar a la misma altura que la «Kandevan». Aquélla era menos rápida, y su anticuada configuración le impedía competir con la pilotada por Ted Drummond. Éste pronto le dio alcance, colocándose a babor y a un

nivel ligeramente superior.

Volaban a una velocidad aproximada de siete mil millas por hora. Los mares, desiertos, cadenas montañosas y bosques, se sucedían vertiginosamente. Venus ofrecía a la vista de los terrestres, el exuberante aspecto de un mundo primitivo, jamás hollado ni alterado por el hombre. Sus paisajes contenían una belleza de imposible descripción. Se distinguían selvas tan impenetrables que una comparación con las amazónicas resultaba desproporcionada.

Benchley, abstraído momentáneamente de la persecución, extrajo uno de los mapas de Liberace, el más documentado experto en cuestiones venecianas, y efectuó observaciones fascinantes. En su calidad de biólogo, aquel incesante y variado desfile de la naturaleza equivalía a un espectáculo que nunca pudo imaginar siquiera.

—¡Fíjese, Sophie! —exclamó señalando un rugiente torrente que se precipitaba sobre un lago de gigantescas proporciones—. ¡Ésa es la cascada que la expedición de su padre bautizó con el nombre de las Cataratas del Niágara! ¡Maravilloso! ¡Que no darían en la Tierra por tener algo parecido...!

Sophie se mostró impresionada.

—¿Qué altura tendrá la cascada? —preguntó olvidando la astronave enemiga.

En ese instante pasaban por encima del torrente. Benchley sacó varias instantáneas.

—Imagino que más de dos mil metros —repuso cerrando el objetivo de la cámara fotográfica—. Y un caudal veinte veces mayor que el de las Cataratas del Niágara. Observe ahora aquel desierto, o lo que da la sensación de un desierto. En realidad se trata de la región pantanosa «Debra Mysterium». Se supone que Centroamérica era una zona igual hace diez millones de años. Esas arenas movedizas se tragarían un bosque de doscientas toneladas en menos de un minuto. ¡Quién sabe si en un futuro lejano saldrán de ahí civilizaciones como las nuestras...!

—No hemos visto más mares negros —declaró Sophie fijando su atención en las escarpaduras que bordeaban un océano de cristalinas aguas.

—En efecto —concedió el biólogo—. Sólo hay uno. ¡Y por culpa suya nos vemos así!

Tras conectar el piloto automático, Drummond se levantó para reunirse con ellos.

—Decididamente no sé qué hacer —expresó dubitativo—. Esos tipos parecen no asustarse con nuestra presencia. Mantienen un rumbo fijo sin variación de altura. Dentro de un par de horas habremos dado la vuelta al planeta.

—¿No ibas a disparar para amedrentarles? —preguntó Jetheroe.

—He cambiado de opinión. Indudablemente Javin pilota la astronave. Y si él imagina que queremos destruirla, se estrellará intencionadamente para facilitarnos la labor.

—¿Cuánto combustible queda? —Sophie hizo la pregunta con acento temeroso.

—Mil quinientos galones. Justo para continuar volando dos horas más.

El biólogo le miró suspicaz.

—¿Qué intenciones crees que llevan?

Ted sonrió.

—Temo que mi hipótesis resulte demasiado exacta.

Sophie le devolvió la sonrisa con una expresión imperturbable.

—Me siento capaz de afrontarla, Ted —dijo—. Desecha tus escrúpulos hacia mí.

—Charles Javin no obedece las órdenes de los forajidos en un estado consciente. Lo conozco suficientemente para saberlo. Está fuera de toda duda que le han suministrado un suero hipnótico. Y en tal caso les habrá revelado cuanto hayan querido saber de nosotros.

Por esta causa vuelan tranquilos y confiados. Douglas Smith tiene la completa seguridad de que cuando agotemos el carburante cesará la persecución.

—Y entonces podrán regresar a la Tierra sin que nadie les moleste —apuntó Sophie.

Ted hizo un gesto ambiguo.

—Una vez que nos hayamos posado en suelo firme —dijo—, tratarán de destruirnos.

—No poseen armamento —objetó Jetheroe.

—¿No? —Ted enarcó las cejas con expresión irónica—. ¿Supones que un barril de agua viviente es mal armamento? Obtendrán el mismo resultado que con una bomba nuclear.

—Hay algo que no comprendo —murmuró la muchacha—. ¿Por qué ellos despegaron a la misma vez que nosotros? ¿Detectarían nuestro vuelo?

—Caben varias posibilidades. O bien detectaron esta astronave, o quizá huyeran de la tormenta imaginando los efectos de una lluvia fatal. O tal vez se propusieran destruirnos desde el aire si su estratagema anterior fallara, como así ocurrió en realidad.

—Espero que tengamos ocasión de saberlo —dijo Jetheroe sin entusiasmo.

Drummond regresó a su puesto ante los mandos. La astronave enemiga proseguía su vuelo haciendo caso omiso de la presencia de la «Kandevan». La distancia entre las dos naves era de doscientos metros; escasa pero suficiente para impedir una clara visión de las tripulaciones mutuas a través de los miradores plásticos.

Transcurrió hora y media sin que se produjeran alteraciones en la persecución. Las dos astronaves se hallaban ahora frente a una barrera de formaciones nubosas que se extendía por todo el horizonte. Su oscura coloración y los intermitentes chispazos que despedía denotaban el desarrollo de una formidable tormenta. Volvían a entrar en la misma zona de que despegaran.

Ted echó un vistazo al indicador del combustible. Sus facciones acusaron la preocupación. Diez minutos más tarde no quedaría una sola gota.

Conectó nuevamente el piloto automático. Después se volvió a sus compañeros.

—Escuchadme bien —dijo con acento dramático—. Esto se acaba. Tenemos a escoger entre dos alternativas. Destruir o ser destruidos. Decidid vosotros mismos.

Sophie no respondió. Su actitud se limitó a mirar fijamente a Jetheroe Benchley esperando de él la contestación resolutiva.

—Javin va con ellos —declaró el biólogo.

—Dentro de ocho minutos tendremos que aterrizar —decretó Ted utilizando el lenguaje usual para mejor comprensión—. Ya sabemos lo que eso significa: una muerte inexorable. Charles Javin no correrá mejor suerte a su llegada a la Tierra. Por el contrario, si les atacamos el porcentaje de probabilidades a nuestro favor es considerable.

—¿Aún destruyendo la única astronave útil que existe en Venus? —preguntó Jetheroe a quien no parecía agradar demasiado el plan.

Ted asintió.

—Ya comprendo que os repugna la idea de que Javin muera. Pero la amenaza que pesa sobre la Tierra debe ser contrarrestada a costa de todo.

—Sea pues —aceptó el biólogo.

Drummond volvió a su puesto. Al pasar por delante de Sophie evitó su mirada deliberadamente. Sabía que ella, dejada llevar por un comprensible sentimiento humanitario, iba a lamentar tanto la muerte de Javin como si de la suya se tratara.

Ante los dedos del comandante de la nave se alineaban los distintos disparadores del potente armamento. Por un momento, Drummond dudó en su elección. Una granada nuclear habría bastado para desintegrar la astronave adversaria. Sin embargo, en aquella

ocasión Ted se resolvió por la ametralladora de balas explosivas. Si tenía suerte, al lograr inutilizar simplemente los motores, el espejo solar quedaría intacto, lo cual podría serles en extremo beneficioso.

No dudó más. Efectuando una ligera variación en el rumbo, colocó su propia astronave debajo mismo de la enemiga. El piloto de ésta no acusó la menor reacción.

Ted eligió cuidadosamente el blanco y oprimió los disparadores. Una serie de llamas comenzó a surgir del fuselaje. La astronave se bandeó peligrosamente y tras desesperados intentos por conservar la estabilidad entró en barrena.

—¡Dios mío! —sollozó Sophie escondiendo su rostro entre las manos—. ¡Van a estrellarse...!

Con el corazón oprimido por la ansiedad, Ted contempló el vertiginoso descenso de la astronave. Su mente captó la dramática escena que se estaría desarrollando en su interior. Imaginó a Charles Javin luchando frenéticamente por hacerse con el mando. Un horrible remordimiento le invadió.

—¡Por qué no sacarán las alas protectoras! —rugió.

—Estarán inutilizadas también —Benchley se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—¡No! —el grito de Ted fue de júbilo—. ¡Ya lo hacen! ¡Mirad...! ¡Planean...!

En efecto, la averiada astronave había cobrado un aspecto distinto. Dos enormes alas surgían del fuselaje, la hacían asemejar a un gigantesco murciélago.

Desde el plano superior que ocupaba la «Kandevan», Drummond y los suyos observaron el perfecto deslizar de la astronave enemiga a ras del suelo y finalmente su detención junto a unas dunas amarillentas.

El lugar era un pequeño oasis situado en el centro de una inacabable área desértica. Abundante vegetación lo bordeaba. No se veía, extraño fenómeno, el menor indicio de agua.

—¡Tuvimos suerte! —exclamó Sophie jubilosa—. ¿Qué vas a hacer ahora, Ted?

El interpelado no respondió ocupado en el manejo de los instrumentos de navegación. Los motores rateaban, faltos de carburante, y la velocidad se había reducido casi al mínimo.

Por fin, se volvió hacia sus compañeros.

—Aterrizaremos —decidió—. La batalla final se decidirá abajo. Coged los fusiles ametralladoras y un par de bombas cada uno. No perdáis un minuto.

La advertencia fue obvia. Al tiempo que Drummond iniciaba el aterrizaje, Sophie y Jetheroe estaban ya armados.

La astronave se posó junto a la de Douglas Smith.

Drummond abrió la portezuela y saltó fuera audazmente. Con un gesto indicó a los suyos que no salieran todavía.

Un individuo surgió de la carlinga opuesta. Su elevada y esbelta silueta se recortó claramente a la luz solar. Portaba un rifle en su diestra.

Al sonreír, una hilera blanquísima de dientes se destacó en contraste con su atezada piel.

Sophie no dio crédito a sus ojos. ¡Aquel hombre era Hassan Belhul, su prometido!

CAPÍTULO VIII

UNA EXTRAÑA JUGADA

Nunca creí que llegara a hacerlo, señor Drummond —la voz de Hassan no denotaba la menor emoción—. Pudimos habernos estrellado. Y uno de los suyos venía con nosotros...

Ted, repuesto a duras penas de la tremenda sorpresa, crispó sus facciones en un gesto de odio.

—Queda arrestado en nombre de la Ley Terrestre —decretó

fríamente—. Entrégueme su rifle, Hassan..

El mestizo se echó a reír.

—¿No le parece un tanto inadecuado su proceder? —preguntó irónico—. Estamos en Venus, no lo olvide. A todo lo más que accedo es a entablar negociaciones... amistosas.

Drummond sentía crecer su ira por instantes. Frente por frente tenía al hombre que más odiaba en el mundo; al hombre elegido por el corazón de Sophie. Un gangster cuyas ambiciones ponían en peligro la seguridad terrestre y que no vacilaría en cometer cualquier acto de barbarie para llevar a cabo sus propósitos. Estaba encañonado por él y a su vez, su propio rifle le apuntaba al pecho. Una actitud mutua que en el momento menos pensado podría revestir fatales consecuencias para cada uno de los dos.

Ted sabía que a sus espaldas, dentro de la astronave, se hallaba Jetheroe con los cinco sentidos alertas para hacer frente a cualquier contingencia. Pero asimismo, tras Hassan estaban sus nombres, en un número desconocido.

—No cuente con negociaciones amistosas —rechazó Drummond enérgicamente—. Lo mejor que puede hacer es entregarse. Le concedo un minuto para decidirse.

Volvió a reír Hassan.

—Escuche, Drummond. Nos hallamos prácticamente en idénticas condiciones. Su astronave no puede salir de Venus por carecer de espejo solar; la nuestra tiene los motores destrozados. Hagamos un pacto. Yo le entrego el espejo solar, efectuamos la correspondiente reparación y juntos regresamos a la Tierra. Usted es un policía sideral y no debe prestarse a sucios manejos; de acuerdo. Llevo un considerable cargamento de agua viviente, cuya utilidad pensaba explotar en la Tierra. Dicho cargamento será abandonado antes de partir. Una vez en nuestro punto de destino, cada cual por un lado y no ha pasado nada. Presumo que es la única solución razonable.

—Usted mató a uno de mis hombres —acusó Ted inexorable.

—Craso error —respondió Hassan tranquilamente— Ese hombre me atacó. No hice más que defenderme. Si usted me acusa ante los tribunales de justicia sólo conseguirá que se le rían. ¿Posee pruebas de que no sucedió así realmente?

—Tengo la convicción.

—Cien mil convicciones no evidencian una prueba. Usted lo sabe mejor que yo.

—Imagine que no acepto su proposición.

—Imaginado —La perfecta dentadura de Hassan relució al sonreír—. ¿Sabe usted lo que ocurrirá?

Ted alzó las cejas inquiriendo la respuesta.

—Se lo explicaré —continuó Hassan—. Podrían ocurrir dos cosas; que usted intente disparar, quizá con éxito, y mis hombres le fulminen a usted y los suyos. Una justa réplica que considero de todo punto lógica.

—¿Qué más?

—Uno de los míos, Chuck Matews para más detalles, está en estos momentos comunicando con K-Hurban, Jerarca de Khaibad. A cambio de cierta promesa, K-Hurban enviará a Venus una patrulla de «hidras»[1]. Antes de doce horas estarán aquí. Ya puede suponer lo que eso significaría. Ninguno de nosotros saldría con vida. Las «hidras» no son afectadas por ninguna clase de armas terrestres. Devorarán nuestras naves como si fueran cajas de cartón. ¿Qué le parece, señor Drummond? Doce horas es el plazo máximo que podemos permanecer en Venus.

Ted palideció ante la terrible amenaza de Hassan. El solo nombre de las «hidras» le produjo un escalofrío de horror. Efectivamente no existía defensa contra ellas. Eran monstruos de cincuenta metros de dimensión, cuyos pesos oscilaban entre varias toneladas, y dotados de tentáculos capaces de estrujar fácilmente un submarino. Su denominación venía de la semejanza con los hidrozoarios terrestres, aunque éstos en comparación eran simples organismos

microscópicos.

Y, perdido por perdido, Hassan no dudaría en sacrificarse a cambio de las vidas de Sophie y los suyos.

Su mirada fue de Hassan a la portezuela de su astronave. La contemplación de una ametralladora bastó para disuadirle del naciente propósito que invadió su mente. Nada conseguiría con intentar sorprender a su enemigo.

Igualmente sabía que de aceptar el ofrecimiento de Hassan, se vería expuesto a una traición.

Sin embargo, no tenía otra alternativa. Su vida no le importaba gran cosa. Pero estaba Sophie. Ahora más que nunca debía salvarla. Su amor hacia ella quizá fuera correspondido. Su terrible desengaño inclinaría la balanza a su favor. Y aunque así fuese ¡qué diablos! Era un policía sideral, sí, pero por encima de todo era un hombre con sentimientos como los demás. Si lograba regresar a la Tierra, la captura de Hassan no revestiría tantas dificultades como en el momento presente.

—De acuerdo, Hassan —dijo—. Iremos juntos a la Tierra. Conste que no le prometo consideración alguna una vez lleguemos. Y le advierto que estaré en guardia contra sus posibles traiciones. Podré no ser un buen policía, pero no nací ayer.

El mestizo sonrió nuevamente. Con un movimiento teatral arrojó su fusil lejos de sí. Luego se cruzó de brazos.

—Yo también podré ser un forajido —dijo—; pero mi palabra es sagrada. No es preciso que se desprenda usted del arma —agregó al ver el ademán de Ted—. Tengo confianza en que no cometerá ninguna tontería.

Drummond se asombró de la insólita actitud de su adversario. Ahora le tenía a su merced. Un simple apretar de gatillo y lo aniquilaría. O podría capturarlo.

Pero él también se debía a su lealtad.

—¿Tiene algún mecánico entre sus hombres? —preguntó.

Hassan asintió.

—Chuck Matews se bastará para reemplazar el espejo solar. En una hora estará listo.

—Demasiado tiempo —objetó Ted—. Haremos una cosa. Chuck Matews desmontará el espejo y la radio; los trasladaremos a mi astronave y luego cambiaremos nuestra posición. Una vez elegido el nuevo lugar se montará nuevamente.

Una expresión sardónica se extendió por el semblante de Hassan.

—¿Teme a las «hidras»? Nos encontrarán de todas formas.

—No importa. Siempre he sido partidario de adoptar precauciones.

—¿Qué lugar le parece bien?

—A orillas del mar viviente.

Hassan frunció las cejas.

—Extraño capricho —dijo—. Tendrá algún fundamento, supongo.

Ted no contestó. Consideró innecesario decirle que si bien la astronave podría flotar algún tiempo inmunemente sobre el mar viviente, no ocurriría lo mismo con las «hidras». Dudaba que éstas resistieran la tremenda voracidad de las aguas. En cambio estaba probado que un fuselaje metálico no era alterado por las mismas.

—No tengo nada que oponer —decidió finalmente Hassan—. Usted es y seguirá siendo el capitán de la expedición.

* * *

Once horas más tarde, la «Kandevan» se hallaba lista para el vuelo.

Ante la expectación general, Ted Drummond pulsó el dispositivo de larga distancia que haría estallar la astronave de Hassan, a fin de destruir los tanques que contenían la mortífera agua viviente.

Ningún ruido llegó hasta ellos. Sin embargo, el detector acústico

captó la onda de la explosión.

Drummond penetró en la nave. Acudió directamente al compartimiento en que se encontraba Sophie. Ésta no había querido salir desde la fusión de los dos grupos. El impacto emocional la sumió en un estado nervioso próximo al desfallecimiento.

Ella se sobresaltó al verle. Con paso trémulo avanzó hacia él.

—¿Nos... nos vamos ya? —inquirió en un balbuceo.

—Necesito hablar contigo fuera de aquí —declaró Ted—. Javin y Benchley están esperándonos.

Los ojos de Sophie estuvieron a punto de desorbitárseles.

—¡No...! —exclamó—. ¡No quiero salir de aquí! ¡Ni quiero ver a Hassan...! ¡Te lo ruego, Ted!

Una expresión apenada asomó al semblante de él.

—Es cuestión de unos minutos —rogó—. Nos va en ello la vida, Sophie.

La muchacha se mostró indómita ahora.

—¡La vida! —se mofó—. ¡Cuánto aprecio le tienes! ¡Vaya policía sideral! Me avergüenzo de haberte conocido, Ted. Otro hombre habría muerto cien veces antes de consentir semejante canallada. ¡Pactar con Hassan Belhul...!

—Tú te enamoraste de él —contestó Ted impasible.

—¡Bonita excusa! —La exclamación de Sophie revistió el máximo desdén—. ¿Vas a decirme ahora que renunciaste a luchar contra él y sus hombres porque estaba yo por en medio?

Ted asintió.

—Ahora lo has dicho. Tú has sido el freno, Sophie. Ni me importa morir ni les importa a Jetheroe ni a Javin. Incluso existían posibilidades de éxito por nuestra parte. Pero no quería ni pensar lo que te hubiera ocurrido a ti de haber fracasado. Una vez más te digo, y no me sonrojo por ello, que por encima de mis deberes, del amor

propio y el sacrificio estás tú. ¡Te quiero, Sophie y quiero que vivas para mí!

Ella le miró intensamente. Un tropel de confusos pensamientos invadió su mente. Y sobre todos ellos dominaba el desprecio. Aquel hombre, reputado como un valiente defensor de los espacios siderales, parecía no tener un ápice de inteligencia... ni siquiera de valor. ¡Fracasos, fracasos y más fracasos! Ése era el fruto de su labor.

—Escucha, Ted —la mirada de Sophie brilló acusadora—; estaría conforme con todo lo que dices si al menos hubieras intentado algo; algo que no se basase en la conformidad. Por más que me lo jures, no he de creer jamás que no tuviste una ocasión de adelantarte a Hassan. Hasta se permite el lujo de ir desarmado. ¿Es que le tienes miedo?

—Siempre la misma palabra en tus labios —el acento de Ted era de amargura—. ¡Miedo...! ¡Por los Clavos de Cristo, Sophie, usa el sentido común!

—Bien que no hayas tenido la culpa de los desastres anteriores —prosiguió ella en el mismo tono—. Hasta me hubiera resignado a morir aquí, en este maldito planeta. Pero, Ted, ¡no me digas que no has tenido a Hassan a tu merced! Le he visto desde esta ventana cruzar una y otra vez por delante de ti, con las manos en los bolsillos y dándote la espalda.

—Tienes la memoria frágil. Le di mi palabra de honor de no romper el pacto. Si hubieras sido tan buena observadora como dices, te habrías dado cuenta de que he estado anhelando una traición por parte suya; un motivo que me permitiera saldar la cuenta, a costa de lo que fuese. Pero él también ha cumplido su promesa, doloroso es reconocerlo.

—¡Te ha tomado el pelo! ¡En el momento menos pensado se deshará de todos nosotros! ¡Lo he leído en sus ojos!

—También leíste en ellos su cariño hacia ti. Y te equivocaste.

Sophie le dio la espalda. Era curioso lo que le sucedía. A cada

instante que transcurría se daba cuenta de que su odio y desdén para con Drummond era un simple desahogo de la decepción sufrida. Le consumía los nervios contemplar la convivencia pacífica de Ted con Hassan, con el hombre que había herido sus más íntimos sentimientos. Habría querido ver a Hassan pisoteado, humillado, acribillado por las balas vengadoras de Ted. Por el contrario, ahí le tenía, a pocos metros de ella, sonriente y confiado como si nada hubiera ocurrido. ¡Y Ted hablaba de palabras de honor!

Se volvió repentinamente.

—¡No salgo de aquí! —decidió con resolución—. ¡Ahora haz lo que gustes!

Ted consultó el reloj.

—Faltan cuarenta minutos para despegar —dijo—. Tengo la solución en las manos. Pero me falta acordarla en común con todos. Si no vienes conmigo fuera, ¡quédate en la astronave! Ni mis hombres ni yo regresaremos a la Tierra.

Al principio pareció no comprender ella. Luego su expresión se tornó alarmada.

—¿No regresaréis a la Tierra? —inquirió con un hilo de voz.

Ted hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Adiós, Sophie. Te deseo un feliz viaje...

Efectuó un ademán de retirarse, mas la muchacha se aferró a su brazo.

—¡Explícate, por favor! —exclamó—. ¿Qué te propones?

—¿Vienes o no?

Sophie titubeó, pero al fin manifestó su conformidad.

Ambos salieron al exterior. Junto a la portezuela se hallaban Javin y Benchley. Sus manos pendían al lado de los revólveres en previsión de cualquier contingencia. A cosa de unos veinte metros estaban Hassan, Spinola, Matews y Jane. Conversaban distraídamente, dando la sensación de aceptar la situación con la

mayor naturalidad. Exceptuando el jefe de la pandilla, todos iban armados. Era parte del pacto. Jane se entregaba a la frívola tarea de retocar el carmín de sus labios. De vez en cuando, su mirada buscaba curiosa a Sophie.

Ted hizo un gesto a Hassan para que se acercara. Así lo hizo éste. Al ver por vez primera a Sophie no dio señal de embarazo. La saludó con una sonrisa amable. Ella realizó un esfuerzo para contener su nerviosismo, intento que no pasó desapercibido al mestizo.

—Regresaremos dentro de unos minutos —informó Ted a Hassan—. Antes de partir queremos completar un examen fotográfico del mar viviente. Diga a Matews que ponga en marcha los motores. Sabe hacerlo, ¿no es cierto?

—Si se trata sólo de eso, sí —concedió Hassan—. Matews es capaz de poner en marcha un motor, pero nada más. Espero que esto no sea una jugada suya. Recuerde que las «hidras» de K-Hurban están al llegar. No tardarán más de un cuarto de hora.

Ted esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Es cuestión de cinco minutos —dijo—. Los suficientes para tomar unas cuantas instantáneas.

—De acuerdo, señor Drummond. —Hassan llamó con un ademán a Chuck Matews. Mientras éste se acercaba dedicó su atención a Sophie—. ¡Lo siento, querida! Te he decepcionado, ¿verdad? No creo que hagan falta explicaciones. Seguramente lo ignorarás, pero voy a ser franco contigo. Vine a Venus guiado por la ambición de dominar el mundo. Ahora veo cuán ridículos fueron mis deseos. Por una vez en la vida hice caso a una mujer —con el brazo señaló a Jane—: De ella partió la idea. Debí pensar que de un cerebro vacío no pueden salir buenas ideas...

Matews interrumpió con su presencia la conversación. Hassan le transmitió la orden de Drummond. Entretanto, éste y los suyos se alejaron en dirección a los acantilados.

La tormenta que horas antes azotara el lugar había cesado. El sol

brillaba en todo su esplendor y la tierra no mostraba señales de haber recogido lluvia de agua viviente.

La inmensidad del Mar Negro se apareció ante ellos, satinada y brillante como una superficie de mármol.

Charles Javin se echó la cámara fotográfica al hombro y se dispuso a sacar los clichés. En aquel momento, sonó amortiguado por la distancia, el rugido de los motores de la astronave.

El nerviosismo se apoderó de todos. Sophie miró interrogadoramente a Ted.

—¿Era esto necesario? —recriminó en voz baja.

—No —contestó Drummond inopinadamente—. Me importan un ardite las fotografías.

Javin se volvió asombrado. Esta vez su movimiento no fue lánguido.

—¡Qué...! ¡Repite lo que has dicho!

Ted se echó a reír.

—Te tenía por un muchacho listo —declaró—. ¿De veras imaginaste que eran precisas tus instantáneas? Me dejas perplejo, Charles. Eres de lo más ingenuo que he conocido.

Benchley se interpuso entre los dos.

—A mí no me has engañado, Ted —dijo—. Sé perfectamente lo que pretendes.

Ted acentuó su sonrisa.

—Son las seis menos trece minutos. Solamente faltan dos.

—¿Para qué? —inquirió Sophie visiblemente excitada.

—Un poco de paciencia. Cinco minutos es justo el tiempo que necesitan los motores de la astronave para la puesta a punto.

Transcurrió la pausa predicha por Ted.

De repente, Javin alzó su brazo excitadísimo.

—¡Por las Pléyades! —exclamó—. ¡Maldito sea lo que estoy viendo si es cierto! ¡Y maldito seas tú mil veces...!

Ted no se inmutó por el insulto. En aquel instante sentía la íntima satisfacción del triunfo.

¡Por el límpido azul del cielo se deslizaba rauda la astronave llevando en su interior la cuadrilla de forajidos! ¡Hassan Belhul había roto su promesa!

CAPÍTULO IX

APOCALIPSIS

Ted Drummond tuvo el tiempo justo de retroceder un paso y sacar el revólver.

—¡Quietos! —ordenó imperativamente ante el amenazador impulso de Jetheroe Benchley y Charles Javin—. ¡Escuchadme ahora! No estoy loco como vosotros suponéis...

—¡Ah...! ¿No? —Benchley le fulminó con la mirada—. ¿Quieres decir que sabías que Hassan se iba a largar?

Ted asintió. Su rostro era una máscara inescrutable.

—Le di una oportunidad para romper su promesa —dijo—. Y os traje aquí para ello.

Una luz de comprensión animó los ojos de Sophie.

—Javin me refirió que enseñaste el manejo de la astronave a uno de los hombres de Hassan —declaró fríamente—. Por eso no me he fiado de ti desde entonces. ¡Eres de lo más canalla que he conocido!

—He llegado al límite de lo que puedo aguantar, Sophie —contestó Ted recalcando las palabras sílaba por sílaba—; y me tiene sin cuidado todo lo que pienses y digas de mí. Pero aún no sabes lo mejor; vosotros tampoco —con un ademán del revólver abarcó a Javin y Benchley—. ¡Hassan lleva a bordo de la astronave cinco bidones de agua viviente!

La revelación dejó fríos a los componentes del pequeño grupo.

—¡Y lo sabías...! —escupió Javin—. ¡Sophie tenía razón! ¡Eres un asqueroso traidor!

Ted avanzó un paso impasible.

—Te toca a ti ahora, Benchley —susurró entre dientes—. ¿No tienes ningún insulto que agregar a la lista?

Jetheroe se encogió de hombros. Un rictus de desprecio crispaba sus labios.

—Ni siquiera vales la pena de que me tome la molestia —replicó. Después lanzó un salivazo al suelo—. ¡Ni eso vales...!

—¡Pues me vais a oír a pesar de todo! —decretó Ted con una ligera sonrisa—. ¿Queríais luchar contra los hombres de Hassan? ¿Sí o no?

—¿Acaso lo dudas? —replicó Sophie con otra pregunta—. ¿No fuiste tú quien se opuso a esa idea?

—Yo me opuse —concedió Ted—. Cuando di mi palabra de honor a Hassan lo hice a sabiendas de que él me traicionaría. Esperaba que ocurriese antes de iniciar el viaje de regreso. Hubiera sido una lucha a campo abierto con bastantes probabilidades a nuestro favor. Pero indudablemente, Hassan reservó su plan para ponerlo en práctica en pleno vuelo. Con Javin a los mandos de la astronave, e inutilizado por lo tanto para luchar, quedábamos en inferioridad numérica. Existían además otros factores no menos importantes a favor de Hassan. Después de largas reflexiones llegué a la conclusión de que lo único factible era darle la oportunidad de traicionarnos.

—No nos convencerás, Ted —dijo Javin meneando la cabeza negativamente—. La palabra dada a un forajido no vale nada. O eres imbécil o te excediste en una caballerosidad mal entendida

Drummond hizo acopio de toda su paciencia.

—Quizá tengas razón —repuso enrojeciendo levemente—. Si en

lugar de tratarse de Hassan hubiera sido de otro hombre, acaso me habría comportado de otro modo. Pero, es preciso que lo sepáis, Hassan Belhul era el prometido de Sophie...

Una oleada de grana coloreó las mejillas de la muchacha al sentir sobre sí las miradas de Benchley y Javin.

—¿Es posible? —balbuceó este último—. ¡Conteste, Sophie! ¿De veras ama usted a Hassan?

—Drummond ha dicho la pura verdad —contestó ella sin levantar la vista—. Hassan era mi prometido. Nunca le consideré un hombre ruin.

—¿Comprendéis ahora? —prosiguió Drummond—. Si yo hubiera hecho objeto de una celada a Hassan, tarde o temprano Sophie me habría recriminado por ello. Un día u otro me habría salido a la cara. Y puesto que todo ha de saberse, debo deciros también que yo amo a Sophie. Era pues lógico que buscara una solución compatible con todas las circunstancias.

—Sin embargo, Hassan se ha largado —objetó Benchley con acento menos mordaz—. ¿Cómo podrás arreglarlo?

—Hassan volverá —contestó Ted—. Antes de que despegara la astronave obturé uno de los tubos de conducción del combustible. Sin esta pieza es imposible la reparación.

Ted mostró un pequeño filtro magnético. Su faz era ahora sonriente.

—Volarán aproximadamente durante un cuarto de hora —explicó —. Luego no tendrán más remedio que regresar. Y entonces lucharemos.

—¿Crees que Chuck Matews sabrá aterrizar? —quiso saber Javin.

—Me cuidé de adiestrarle sobre los casos de emergencia. Matews es un mecánico excelente. Dudo que posea conocimientos astronáuticos suficientes para llegar a la Tierra, pero apostaría a que es muy capaz de efectuar un correcto aterrizaje.

—Dijiste antes que llevaban a bordo cinco recipientes de agua viviente —recordó Jetheroe—. ¿Fue otra de tus genialidades?

—No sé si será una genialidad, pero efectivamente fue cosa mía. Hassan se figuró que me daría el cambiazo inadvertidamente, substituyendo cinco bidones de combustible por otros cinco de agua viviente. No había diferencia a simple vista. Yo fingí no darme cuenta por la sencilla razón de que entraba en mis planes llevar a la Tierra abundantes muestras de tal elemento destructor. Creo que os lo dije en alguna ocasión.

—Lo recuerdo —admitió Javin—. Era una de las partes del programa.

Ted sonrió.

—Esta substitución me dio la clave de los propósitos de Hassan —dijo—. Ahora se verá obligado a regresar y ponerse en nuestras manos.

—No lo entiendo, Ted —el acento de Sophie se había dulcificado—. ¿Para qué quiere Hassan el agua viviente?

Drummond se encogió de hombros.

—Esa muchacha que va con él nos dijo algo de sus ambiciones dominadoras —replicó—. Ignoro lo que habrá de cierto en ello; sin embargo, tengo la certeza de que con la carga de agua viviente que llevan podría destruirse media nación. ¿No es así, Benchley?

El biólogo asintió.

—La expansión destructora de un litro se extiende a quinientos metros cuadrados. Calculando que los bidones contienen aproximadamente una tonelada, el resto os lo podéis figurar. Eso sin contar con las consecuencias que se derivarían de la catástrofe.

—Hassan está loco de remate —declaró Ted enfundando su arma—. Aun suponiendo que llegara a realizar su plan no sé de qué le valdría.

—De todos modos sería horrible —murmuró Sophie

estremeciéndose—. Peor que una epidemia.

Ted le dio la razón.

—Infinitamente peor. Se produciría un cataclismo mundial. Hoy en día ningún particular puede hacer uso de la energía nuclear por su inmenso costo; pero en cambio, el agua viviente está al alcance de todos. Hassan sentaría un precedente, tanto si triunfara como si fracasara, que conduciría inevitablemente a una guerra exterminadora.

—¡Dios quiera que Matews no se baste para arreglar la avería! —exclamó Javin evidentemente inquieto.

De repente, la atención de todos se centró en una serie de objetos volantes recién surgidos del horizonte. Ted Drummond contó hasta quince de éstos. Se deslizaban casi a ras del Mar Negro e iban directamente hacia ellos.

—¡Las naves de K-Hurban! —exclamó Benchley—. ¡Por mi fe que son puntuales!

—¡Venid acá, esconderse! —conminó Drummond indicándoles una oquedad abierta entre dos enormes rocas.

El pequeño grupo se apretujó en el hueco. Un temor sobrenatural cundió entre los componentes. Todos habían oído las fantásticas historias que se decían de las «hidras», y la mente exageraba aún más cuanto hubiera de realidad.

Las astronaves pasaron raudas por encima de sus cabezas perdiéndose de vista al volar sobre el bosque próximo. Eran muy chatas y sus fuselajes, de un color blanco sucio, relucían a los rayos solares.

Ted exhaló un suspiro de alivio. Pero éste duró poco. Un sordo murmullo comenzó a oírse proviniendo de todas partes; el suelo acusó varias sacudidas y el aire se impregnó de mil aromas diferentes.

El grupo salió de su escondite. Exclamaciones de horror saludaron el inconcebible aspecto que presentaba el Mar Negro. Parecía haberse levantado una tempestad; a lo largo y ancho de sus

límites, gigantescas olas se alzaban y rompían contra los acantilados. Por segundos crecía la intensidad del horripilante temporal. Parejo a este extraño fenómeno, el cielo se cubrió de una neblina negra y pesada, cuyas caprichosas volutas daban la sensación de danzar al compás de una diabólica danza.

Benchley echó a correr hacia el acantilado más alto. Con grandes zancadas inició la ascensión.

Los demás se dirigieron a la explanada que había servido de base a su astronave, cercana al bosque.

Si el espectáculo del mar en ebullición contenía lo suficiente para alterar los nervios más templados, la escena del bosque no admitía comparación.

Los árboles se retorcían, doblaban y extendían sus ramas, se agitaban en un maremagno infernal, cual si de repente hubiesen cobrado vida propia. Aquello tenía las trazas de una encarnizada batalla. Las lianas se enrollaban y desenrollaban con fiereza que recordaba a las serpientes; algunas reptaban ya fuera de los límites del bosque...

Benchley regresó corriendo. Tenía el semblante desencajado y su respiración era entrecortada.

—¡Venus está ardiendo por los cuatro costados! —anunció frenéticamente—. ¡El incendio se aproxima! ¡Arden bosques enteros y la tierra incluso!

—¡Los depósitos de combustible! —recordó Javin excitadísimo.

Ted no necesitó más aclaración. Los cinco barriles sustituidos y dejados a bordo de la astronave inútil habían sido pasto de las llamas al estallar el explosivo que la destruiría.

—¿Cómo sabes que no es un incendio local? —preguntó.

—Dominé desde la atalaya los cuatros puntos cardinales —repuso Benchley—. ¡En todos hay fuego! ¡Lo propaga el aire!

Ted se mesó los cabellos pensativamente. Todavía no se había

contagiado de la inquietud general.

El biólogo explicó sucintamente su teoría.

—El fuego es un elemento desconocido en Venus, o lo era hasta hace unos minutos. Probablemente su expansión provoca reacciones de índole insospechada en la naturaleza. Algo de eso supuse yo al realizar experimentos con el agua viviente; observé que la proximidad de una cerilla bastaba para ponerla en movimiento. Un incendio como el que nos ocupa quizá sea suficiente para desbordar el océano entero.

—Yo no entiendo de reacciones químicas —dijo Ted—; tal vez por eso no comprenda las causas de la propagación del fuego.

—¡Qué diablos! —replicó Benchley—. ¡Tampoco yo lo sé! ¿Quieres mayor misterio que éste? ¡Míralo!

El biólogo encendió una cerilla y la arrojó al aire con todas sus fuerzas. La llama lejos de apagarse se incrementó en su trayectoria y al tocar el suelo, éste chisporroteó. Benchley tuvo que pisar la arena chamuscada para apagarla.

—¡Esto no ocurre en la Tierra! —prosiguió aquél—. Luego sabemos posiblemente que un fuego en este planeta no puede ser extinguido jamás. Si a ello añadimos la conducta del mar viviente, espoleado por el calor, y la de la vegetación, nos encontramos con que el fin de Venus ha llegado ya.

Las últimas palabras de Benchley fueron casi inaudibles. El rumor de la tempestad oceánica, los truenos atmosféricos y el rítmico batir de los árboles constituían una sinfonía apocalíptica. Y el crescendo aumentaba a cada instante.

Sophie exhaló un grito de angustia. Todas las miradas se dirigieron al punto que señalaba con un brazo. ¡A unos doscientos metros de distancia las negras olas del mar viviente saltaban ya al suelo firme!

El horror se apoderó del grupo. Charles Javin comenzó a decir algo pero nadie le hizo caso. Otra circunstancia distraía la atención de

todos.

Por entre un desgarrón de las nubes había surgido la astronave «Kandevan». Descendía verticalmente haciendo uso de los rotores giroscópicos.

Ted Drummond agitó sus brazos para indicar la posición. La astronave rozó la arena y se posó finalmente a pocos pasos de ellos. Detrás, las mortíferas olas seguían desparramándose y extendiéndose en todas direcciones.

Salió Hassan. A juzgar por la expresión de su rostro se hallaba al borde del histerismo. Sus gritos se perdieron en el infernal estruendo.

—¡Vamos a ellos, muchachos! —alentó Drummond—. ¡Ahora o nunca!

—¡Cuidado, Ted! —advirtió Sophie horrorizada—. ¡Mira a tu derecha...! .

¡Confundidos entre el verdor del bosque asomaban sus grotescas cabezas varios monstruosos seres de proporciones inimaginables!

¡Eran las «hidras» de K-Hurban!

CAPÍTULO X

HASSAN PIDE PERDÓN

Una rápida ojeada bastó a Hassan para apercibirle de la desesperada situación. Instintivamente se dio cuenta de que sólo tenía una alternativa.

Al ver ante sí la vengadora figura de Ted Drummond, revólver en mano, se dejó caer de rodillas implorando perdón. Su morena faz estaba revestida de un tinte ceniciento y sus labios temblaron visiblemente al suplicar:

—¡No me mate, se lo pido por lo más sagrado! ¡Soy un traidor y un canalla! ¡Tenga piedad de nosotros!

A Ted le dio asco. Con verdadero placer le habría acribillado allí

mismo, sin darle una oportunidad de defenderse. Nunca supo qué fue lo que se lo impidió, si el desprecio o la compasión.

Con un desdeñoso ademán le ordenó ponerse en pie. Al mismo tiempo arrojó su pistola lejos de sí.

—¡Luche si tiene un adarme de valor! —masculló poniéndose en guardia—. ¡Es la última ocasión que le doy! ¡Cobarde asqueroso...!

Hassan miró a su alrededor. Vio las «hidras» en su lento reptar hacia ellos, las negras olas saltando a sus espaldas cada vez más cercanas, el centelleo de las descargas eléctricas. El valor le faltó.

Se postró nuevamente a los pies de Ted, intentando besarlos.

Ted sintió crecer su cólera. De pronto captó el silbido del aire al ser rasgado por un cuerpo extraño. Hizo un esfuerzo por ladearse pero el cuchillo lanzado por Matews desde la portezuela de la astronave se clavó en su hombro derecho. Un rugido de dolor se escapó de su garganta.

A la vez que caía junto a Hassan oyó el tableteo de un revólver detrás de él. Matews y Spinola fueron barridos por el haz desintegrador que partió del revólver de Jetheroe Benchley. La portezuela de la astronave se cerró violentamente impulsada sin duda por Jane, su única ocupante.

Aturdido por la terrible quemazón del hombro, Drummond pugnó por incorporarse. Como en sombras vio a Hassan alzándose a su lado. Las dos manos del árabe se asieron a su garganta.

—¡Quietos todos! —ordenó Hassan—. ¡Si alguien da un paso más estrangularé a Drummond!

Invadido por una furia despiadada, Ted forcejeó brutalmente hasta desasirse. A fin de reponerse retrocedió varios pasos. El dolor del hombro se hacía por instantes irresistible.

Benchley y Javin fueron a disparar pero otra vez Drummond se interpuso por en medio.

De un tirón, Ted se arrancó el puñal. En su énfasis de venganza

apenas si sintió el brotar de la sangre a borbotones.

Hassan no le miraba directamente. Con las piernas abiertas y los brazos tendidos le aguardaba; sin embargo, sus ojos no se apartaban de tres monstruosas «hidras» que avanzaban inexorablemente hacia el grupo. La distancia que les separaba era escasamente de cincuenta metros. Sus gigantescas y deformes cabezas, semejantes a las de los pulpos, en las que brillaban mortecinos dos enormes ojos carentes de párpados, se balanceaban incesantemente en un monótono movimiento de rotación cual si sus respectivas bases fueran ejes giratorios. Detrás de aquellas tres se adivinaban entre el arbolado muchas más. La escamosa piel verde se confundía con la tupida vegetación, impidiendo distinguir sus tentáculos de las movedizas lianas.

Ted inició la aproximación hacia su adversario. No hubo adelantado un paso cuando se detuvo horrorizado.

Nunca supo de dónde sacó fuerzas para saltar hacia atrás. Tropezó con Sophie y se asió a su cintura.

El espanto no les permitió siquiera gritar.

Una descomunal ola negra pasó limpiamente por encima de los acantilados cayendo de plano encima de Hassan Belhul. Se le vio unos segundos agitando convulsivamente su empapado cuerpo. Luego chocó de bruces contra el suelo. El agua viviente se apoderó de él. La resistencia cesó instantáneamente.

Charles Javin fue el primero en reaccionar.

—¡Rápido, vayamos a la astronave! —exclamó—. ¡El agua lo inundará todo!

Echaron a correr. Para llegar a la «Kandevan» tuvieron que sortear los cadáveres de Matews y Spinola, y dar un gran rodeo para evitar el contacto con el espumeante y mortífero elemento que comenzaba ya a extenderse velozmente. Los monstruos, como si adivinasen el latente peligro, permanecían inmóviles.

Antes de que Javin alcanzase el pomo de la portezuela, ésta se

abrió. Jane, mortalmente pálida, se hizo a un lado para dejar paso al aluvión humano. Apenas traspasado el quicio, Ted Drummond se desplomó sin conocimiento.

Javin se puso inmediatamente a los mandos; los motores continuaban en marcha. Accionó el dispositivo de los rotores giratorios y la astronave comenzó a ascender.

Benchley, asomado a la escotilla inferior, contemplaba hipnotizado el alucinante espectáculo que se desarrollaba a sus pies. La mente humana se resistía a admitir aquella visión de pesadilla.

De Hassan Belhul y sus compinches sólo quedaban informes montones de huesos; el agua viviente burbujeaba a su alrededor, disputándose las precarias presas. Nuevas y mayores olas se desparramaban sin freno que las contuviera en el lugar donde antes se hallara la astronave.

Algunas llegaban ya hasta el bosque. Los monstruos habían huido; el arbolado se debatía ahora con incontenible agitación; las ramas y lianas chocaban entre sí y contra el suelo, irguiéndose con terribles latigazos. El humo denso y negro del incendio, fundido con las nubes, obstruía toda visibilidad. La oscuridad reinante sólo era rasgada por el incesante relampagueo.

Drummond recuperó el sentido diez minutos después. Yacía en una camilla y a ambos lados tenía a Sophie y Jane respectivamente. Un gesto de dolor crispó sus facciones al intentar incorporarse. Recordó lo ocurrido. Al mirarse el hombro comprobó que se lo habían vendado.

—No es nada de importancia —dijo Sophie sentándose junto a él y sonriéndole cariñosamente—. Un corte profundo, sin interesar la articulación. Perdiste bastante sangre.

—Un par de semanas y estará completamente bien —corroboró Jane con el embarazo propio de la persona que se encuentra entre enemigos.

—¿Reparó Javin la avería? —preguntó Ted descolgándose con

dificultad de la camilla.

Sophie asintió.

—La «Kandevan» funciona a las mil maravillas. Tuvimos mucha suerte, Ted. Si Jane no llega a abrir la puerta...

Drummond le miró interesado.

—¿Qué ocurrió? —su curiosidad le hacía olvidar el dolor.

Sophie le refirió a grandes rasgos la odisea: mejor dicho, el final de la misma.

Indudablemente, Benchley oyó la voz de Ted, pues gritó desde el mirador.

—¡Venid acá! ¡No os perdáis el espectáculo! —sus exclamaciones estaban revestidas de una intensidad dramática rayana en el paroxismo.

Apoyándose en las dos mujeres, Drummond recorrió la nave de extremo a extremo hasta situarse junto al biólogo. Éste se apartó un tanto, pero sin abandonar su ángulo visual desde el que enfocaba al exterior con la cámara fotográfica. Tal era su excitación que no reparó en Drummond ni en su estado.

—¿Visteis cosa igual? —preguntó accionando el resorte que hacía girar el tomavistas—. ¡Estamos asistiendo al final de Venus!

A aquella altura, la curva superficie del planeta se veía cubierta de un resplandor rojizo que no era otra cosa que un inmenso incendio. Ardía incluso la atmósfera. Todo lo que alcanzaba a verse era fuego; los lagos, ríos y mares habían desaparecido cubiertos por las nubes de humo; el verdor de la vegetación tenía un tinte ahora pajizo, signo evidente de que no escapaba tampoco al pasto de las llamas.

Antes de remontarse definitivamente, Charles Javin hizo describir a la astronave una trayectoria paralela a la curvatura del planeta.

La misma dantesca desolación se mostraba por doquier. ¡Venus entero ardía!

Jetheroe Benchley tomó las últimas fotografías y cerró la cámara.

El sudor brillaba en su rostro.

—Unos cuantos barriles de combustible han bastado para destruir el planeta —murmuró admirado—. Todo arde ahí abajo, la tierra, el aire, los mares... ¡Qué misterio en cada mundo! Cinco bombas de «hafnio» borrarían la vida en la Tierra, cinco barriles de hidracina... —Benchley hizo un gesto de incomprensión e interrumpió su monólogo— ¡En fin, que creí ser un buen biólogo y me doy cuenta de que no llego ni siquiera a aprendiz! ¿Cómo te encuentras, Ted?

Drummond sonrió débilmente.

—No mal del todo —contestó—. Podría estar peor.

—Espero que en lo sucesivo te abstendrás de cometer quijotadas —recriminó Benchley—. ¡Por poco nos cuesta la piel!

Ted le miró con una mueca sardónica.

—¿Imaginas que con Hassan y sus hombres aquí dentro lo habríamos pasado mejor? —inquirió mordazmente.

Intervino Jane.

—Habrían muerto cinco minutos después de entrar en la astronave —dijo. Y a continuación mostró una diminuta esfera de cristal extraída de un bolsillo de su pantalón—. ¿Saben lo que es esto?

La curiosidad se reflejó en todos los rostros.

—Arsénico gasificado —prosiguió Jane—. Yo era la encargada de romper la ampolla una vez hubiera comenzado el viaje de regreso.

—No lo comprendo —objetó Benchley—. Ustedes habrían muerto también.

Jane negó con la cabeza.

—Nosotros y Charles Javin, su piloto, estamos inmunizados por una droga de efectos contrarios.

El biólogo abrió ojos como platos.

—¡Diablos! ¡Tuviste razón! —se dirigió a Ted—. ¡Menuda la

hubiéramos hecho!

Drummond esbozó una leve sonrisa.

—Menos mal que en algo estáis de acuerdo conmigo —dijo—. Más de una vez llegué a preguntarme si en realidad no estaría loco de remate.

—¡Oh, querido! —exclamó Sophie con un mohín de arrepentimiento—. Tendrás que perdonarnos... especialmente a mí.

—Todo está bien cuando bien acaba —replicó Ted un tanto más animado. Y dirigiéndose a Jane agregó—: A propósito, Hassan habló algo de un pacto con K-Hurban ¿Qué fue ello?

—No hubo ningún pacto. Simplemente K-Hurban conminó a Hassan por medio de la radio etérica a que abandonara Venus en el plazo de doce horas.

Drummond enarcó las cejas intrigado.

—¿Y eso...?

—Según oí decir a Hassan, Venus es un centro de experimentación de K-Hurban o dicho en otras palabras, una posesión colonial.

Ted asintió.

—Ahora comprendo una cosa. Por fin se resolvió el problema.

—¿De qué hablas? —inquirió Benchley.

—En el año 2089, K-Hurban intentó invadir la Tierra. Sabíamos que se trataba de sus naves, mas se sospechaba que no venían directamente del planetoide Khaibad. Los detectores ultrasónicos denotaban una procedencia extraña. Naturalmente, ¡como que venían de Venus! Y lo que más asombro causó, la osadía de K-Hurban puesto que no contaba con armas poderosas, tiene ahora una explicación sencillísima. Contaban nada menos que con el agua viviente...

Una exclamación de Benchley interrumpió a Ted.

—¡Hablando de K-Hurban! ¡Mira sus astronaves:

Surgiendo de entre la dorada marejada que cubría Venus se veían ocho o nueve puntos negros que alzaban su vuelo en desordenada formación. ¡Huían del cataclismo!

Pronto se perdieron de vista en la inmensidad del cielo azul.

Benchley se rascó la cabeza pensativamente.

—¿Sabes lo que estoy pensando, Ted? —preguntó.

El interpelado hizo un movimiento afirmativo.

—Lo imagino. Esta expedición ha resultado providencial para la Tierra. Un mar viviente en manos de quien era el mayor peligro que podía pesar sobre la Humanidad. Y tarde o temprano, K-Hurban hubiera encontrado el medio de franquear la atmósfera terrestre.

* * *

Benchley y Jane ascendieron a la cubierta superior para otear por última vez el refulgente disco de Venus.

Quedaron solos Sophie y Ted. Éste encendió un cigarrillo. Su pulso tembló imperceptiblemente. Sentía sobre él la mirada anhelante de la muchacha; y sabía que ésta esperaba sólo una palabra para romper la embarazosa barrera que les separaba.

Pero Ted lo había dicho ya todo a lo largo de su forzada convivencia con Sophie; declaración amorosa, recriminaciones, disputas... ¿Qué más podía añadirse que no fuera una repetición?

Al fin, levantó la vista para encontrarse con la de ella. Se sucedió un instante preñado de vacilaciones.

Sophie sonrió tímidamente.

—¿Te duele el hombro? —su voz rebosaba ternura.

—Un poco menos que antes.

—¡Ted!

—Te escucho...

Hubo otra pausa. Drummond disfrutaba interiormente de los apuros de la muchacha. Una insinuación suya habría bastado para ayudarla; pero aquélla era su venganza; la dulce venganza que exigía su amor propio tantas veces maltratado.

Sophie hizo acopio de valor. Su linda barbilla se adelantó desafiante y sus pupilas brillaron resueltamente. El cambio de su actitud alarmó un tanto a Ted.

—No me casaré contigo, Ted —declaró inesperadamente—. Es inútil que me lo pidas.

Drummond soltó la carcajada.

—¿Y quién habló de ello, chiquilla? ¿O acaso creíste leerlo en mis pensamientos?

—No soy digna de ti —prosiguió Sophie haciendo caso omiso de las preguntas de él—. Merezco sufrir tu desprecio. Cásate con Jane; ella también está enamorada de ti.

Las carcajadas de Ted retumbaron en la cabina. ¡Qué modo tan especial tenía de decir las cosas! Aun para suplicar amor se empeñaba en llevarle la contraria.

Sophie volvió la cara molesta por el regocijo de Ted. Éste la tomó por la cintura y la obligó a mirarle de frente.

—¡Bésame!

Los ojos de la muchacha revelaron una fingida fiereza.

—No —replicó indómita.

—¿Debo entender que desobedeces mis órdenes? Soy el comandante de la expedición.

El semblante de Sophie se dulcificó.

—Si es así...

Sophie aproximó dulcemente sus labios a los de Ted.

Desde un extremo de la cabina alguien tosió disimuladamente. Era Charles Javin.

—Perdonadme —se disculpó—. Me envió Benchley...

—¿Qué quiere ese idiota? —preguntó Ted con la faz roja como la grana.

—Saber quién había ganado la apuesta; tú o él. Tiene prisa en cobrar las cien libras. Creo que puedo dárselas ya.

—¿Qué apuesta? —Sophie enarcó las cejas intrigada.

—¡No le hagas caso, Sophie! —exclamó Ted—. ¡Él y Benchley están locos de remate!

Javin hizo ademán de marcharse, pero de pronto pareció acordarse de algo importante.

—Oye, Ted, ¿qué piensas hacer con Jane? —preguntó.

Drummond reflexionó antes de contestar.

—Nos salvó la vida —recordó—. Tiene derecho a intentar una nueva existencia.

Javin esbozó una expresión de alivio.

—Creo que haré algo por ayudarla —dijo—. No es mala en medio de todo.

—¿A pesar de la faena que te hizo?

Javin meneó la cabeza negativamente.

—No era aquél su propósito. Recuerda que nos informó de los planes de Hassan. Ella estaba decidida a unirse a nosotros. Me lo ha dicho hace un rato.

—¿Por qué, entonces, te tendió la celada?

—Muy sencillo. Cambió de parecer cuando supo que nuestra nave jamás podría regresar a la Tierra. Fue por ello por lo que decidió llevarme hasta Hassan.

—Sin embargo, nos mintió —siguió acusando Ted—. Dijo que el jefe de la banda se llamaba Douglas Smith.

—Ése es un detalle que la ennoblece —replicó Javin—. Prefirió

que Sophie no sufriese una terrible decepción, y ocultó el nombre de Hassan. Una mujer capaz de tal acción debe ser ayudada en los momentos difíciles.

Sophie sonrió comprensivamente.

—Tiene usted razón, Charles —dijo—. Ayude a Jane. Y dígale también que Ted y yo estamos dispuestos a hacer cuanto sea posible por ella. ¿No es cierto, querido?

Drummond asintió. La expresión risueña de su rostro comunicó a Javin una evidente satisfacción.

—¡Gracias, Ted! —exclamó—. ¡Voy inmediatamente a decírselo a Jane! ¡Ah...! ¡Y me alegro infinito de que hayas perdido la apuesta!

Cuando Javin hubo desaparecido, Sophie alzó un dedo en actitud amenazadora y dijo:

—Te doy un minuto de tiempo para que me expliques qué es eso de la apuesta. No sé por qué pero tengo el presentimiento de que ando yo por en medio. Y si fuera así... —el acusador dedo se agitó violentamente ante el semblante de Ted.

El joven refirió divertido el motivo de la apuesta.

—Siempre dije que Benchley era un chico listo —agregó al final —. Sabe de antemano todo lo que va a ocurrir.

Sophie sonrió.

—¿Y esto también? —sus brazos rodearon el cuello de Ted al tiempo que lo besaba nuevamente.

—También —replicó Ted al separarse.

Y era cierto. Porque desde la entreabierta puerta de la cabina, Jetheroe Benchley asomaba sus afiladas facciones y agitaba en son de burla un fajo de billetes recién ganado.

FIN

Mientras el mundo canta y ríe celebrando la terminación de la Tercera Guerra Mundial, en una habitación de un hotel de Kansas City, milagrosamente salvada de la demolición de las bombas atómicas, un pequeño grupo de hombres se ha reunido en secreto para tratar un asunto de trascendencia universal.

De la calle llegan los gritos y los himnos patrióticos de una nación que todavía ignora la tragedia. Pero en esta habitación suenan palabras terribles, que encogen el corazón de angustia.

¡Las bombas de hidrógeno lanzadas durante la guerra han contaminado de mortal radioactividad la atmósfera de la Tierra!

¡El mundo sólo tiene cinco años de plazo para evacuar el planeta... o morir!

Con este dramático arranque, un famoso escritor

GEORGE H. WHITE

ha escrito una novela científica a la que ha puesto el evocador título de:

¡PIEDAD PARA LA TIERRA!

la cual aparecerá en el próximo número de esta Colección.

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas.

Notes

[←1]

Monstruos carnívoros, dotados de rudimentaria inteligencia, integrantes de la totalidad del ejército del planetoide Khaibad, por sus características indestructibles. El jerarca K-Hurban intentó por medio de ellos invadir la Tierra en el año 1089, propósito no realizado gracias a la presencia de hidrocarburos en la ionosfera terrestre, compuesto químico capaz de fundir con su roce las estructuras de las astronaves de Khaibad.